

LAS INCURSIONES GALAICO LEONESAS A COMIENZOS DEL SIGLO X. CAMPAÑAS DE ORDOÑO II DE LEÓN EN LA LUSITANIA

José María GONZÁLEZ LANZAROTE¹

RESUMEN

Durante un corto periodo de tiempo, la decadencia del emirato andalusí dio la impresión de que el dominio musulmán en gran parte de la Península Ibérica iba a desaparecer. El reino de León, que se puede denominar así tras el reinado de Alfonso III, tenía fuerza suficiente para llevar a cabo grandes cabalgadas que podían alcanzar el centro del poder del emirato. Ordoño II fue el monarca, primero de Galicia y luego de León, durante cuyo reinado se llevaron a cabo algunas de las acciones ofensivas más espectaculares. Poniendo estas acciones dentro de una política general, se va a estudiar la parte operativa y táctica de las mismas. La impresión de poder cristiano era falsa y, en cuanto el emirato tuvo gobernantes capaces, los reinos norteños debieron pasar a la defensiva.

PALABRAS CLAVE: Ordoño II, asalto a Évora, Alanje, reino de Galicia, Ibn Marwan, an Nasir, cabalgada.

¹ Teniente coronel de Infantería (en situación de reserva). jmglanzarote@gmail.com

ABSTRACT

Throughout a short period of time, the Emirate Andalusi's, whose decadence gave the image of Muslim dominance, in the Iberian territory, would disappear. The Kingdom of Leon, which could be named after Alfonso III, had enough power to carry out great raids which were able to reach the Emirate's center of power. Ordoño II was the King, firstly in Galicia followed by Leon, whose reign would develop some of the most spectacular military offensives. Placing all of these actions in a political frame, we proceed to further studying the operative and tactical side. The feeling of Christian power proved to be unfounded and when the Emirate had able leaders, the Northeast Kingdoms had to turn on the defensive.

KEY WORDS: Ordoño II, assault on Evora, Alanje, Galicia's kingdom, Ibn Marwan, an Nasir, raid.

* * * * *

Introducción

Nos encontramos en el siglo X, en la Península Ibérica. Ya han transcurrido tres siglos aproximadamente desde la invasión musulmana que vino a trastocar todo el orden del estado visigótico, formado y desarrollado a partir de la tradición romano germánica. En esta época, se están formando distintas entidades estatales dentro de ese, para la época, extenso territorio. Estas entidades tendían a agrupar a la población que residía en aquellos territorios que estaban bajo su dominio, población que distaría mucho de ser homogénea en usos, lengua y costumbres, pero que, en caso de los norteños, tenía el denominador común de la religión, sin que este factor supusiese ningún tipo de unión política o administrativa. En el caso del emirato de Córdoba, la religión oficial era la de los conquistadores, que era adoptada por muchos, cada vez más, de los conquistados, para hacerse con los beneficios que les proporcionaba su conversión o, al menos, evitar los perjuicios que les suponía el seguir practicando su antigua religión, el cristianismo. No obstante, seguía existiendo, en la época, un gran número de cristianos que vivían o sobrevivían, según corrieran los tiempos, en la zona musulmana.

En el plano de las actividades propiamente bélicas, la situación podría definirse como de violencia cotidiana, que en terminología actual podríamos definir como una sucesión de acciones de baja intensidad, con épocas de repunte y con limitados objetivos operacionales o estratégicos, siempre acordes con los medios disponibles. Las incursiones en territorio enemigo, el tipo de acción más frecuente, eran llevadas a cabo por contingentes que podían estar constituidos desde unas decenas de guerreros hasta miles de ellos bajo mando real o de importantes nobles. Su carácter era habitualmente estacional. El estado de paz, tal y como lo entendemos habitualmente, no existía, ya que la falta de cohesión interna de todos los reinos, salvo la mencionada cuestión religiosa, hacía que muchas veces las iniciativas nobiliarias particulares o las de guerreros fronterizos desearan hacerse con tierras y riquezas sustituyesen al poder del gobernante, gobernantes que, por otra parte, casi siempre estaban deseosos de actuar contra su vecino sureño o norteño, bien para obtener territorios y botín o para mantener a su enemigo en un estado de impotencia, siempre relativa².

Lo que hoy son las tierras extremeñas, en un sentido amplio, habían estado comprendidas en la antigua provincia imperial de Lusitania, con capital en Mérida. Posteriormente, esta misma capital fue sede metropolitana, con un territorio de jurisdicción parecido a la antigua provincia, cuyo nombre fue quedando, poco a poco, relegado en el olvido. Los musulmanes establecieron un sistema territorial distinto, basado en Kuras, que, en caso del terreno que nos ocupa, seguía teniendo la misma capital y coincidía con otra administración fronteriza, la Marca, en este caso la denominada Marca Inferior. Aunque inspeccionando un mapa resulte extraño, la zona situada al sur del Tajo se consideraba frontera, pues, entre el Tajo y el Duero existía una especie de zona de nadie.

Si bien no afectaba directamente al centro neurálgico de Al Ándalus, que podemos considerar establecido en la cuenca del Guadalquivir, alrededor de Córdoba, esta zona emeritense, llamémosle así por su capital, era susceptible de recibir ataques de los reinos cristianos del norte del Duero. La falta de población y la escasez y desorganización de los sistemas de alerta hacía que las incursiones pudieran recorrer el terreno de separación sin despertar demasiada alarma.

Se van a tratar las dos expediciones mayores llevadas a cabo por los norteños, gallegos y leoneses en este caso, durante los años finales del emirato, pronto sustituido por califato en la persona de Abderramán III. Tras ellas, en lo que restaba de siglo, bastante tuvieron los reinos de Pamplona y

² GARCÍA FITZ, Francisco: *Ejércitos y actividades guerreras en la Edad Media europea*. ARCOLIBROS, Madrid, 1998, pp. 45-46.

León con defenderse de la potencia que desarrolló dicho califato una vez superada su desunión. La finalidad que se persigue es puramente divulgativa, dando a conocer estos importantes hechos, que no dejaron de ser estacionalmente puntuales, ya que pronto, la zona de interés del renacido califato, coincidiendo con la de los expansionistas leoneses, fue la parte norte central de la Península, la que constituiría el linde entre Navarra, el califato y León, en este caso mediante el condado de Castilla.

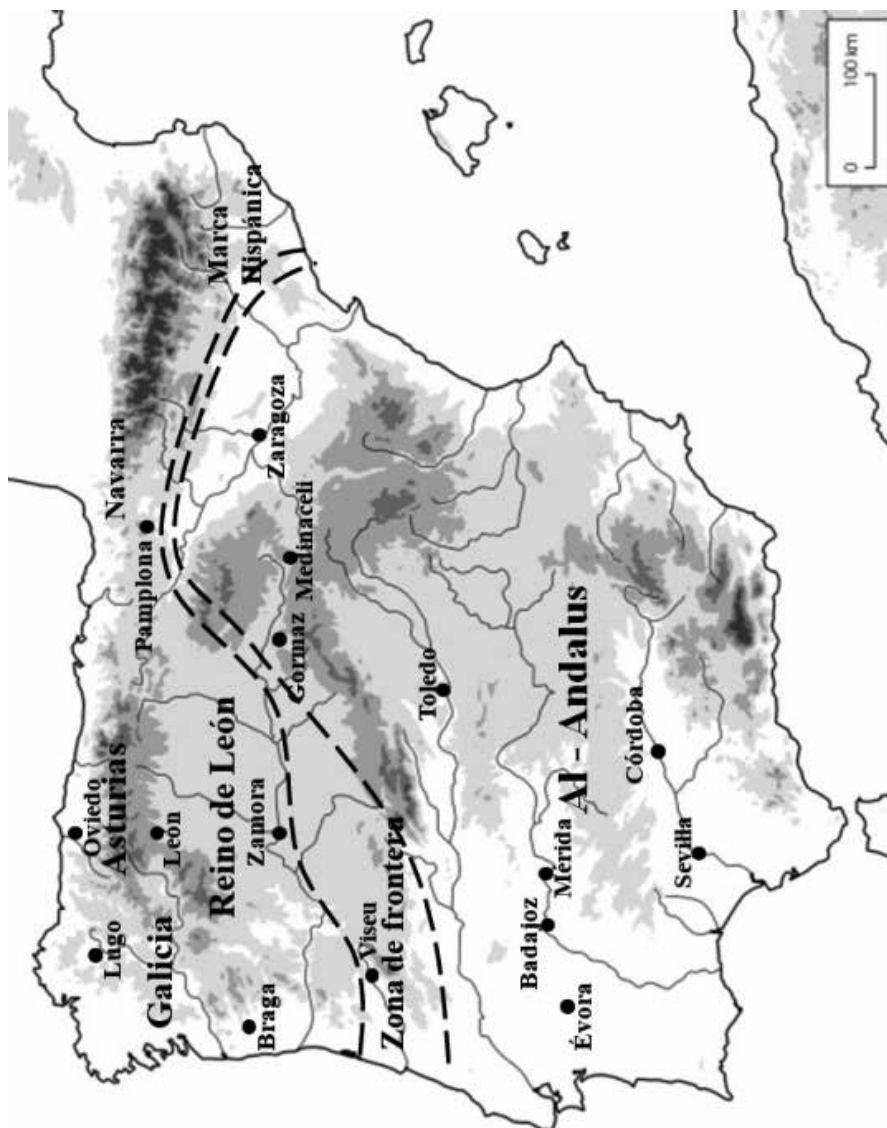
Las incursiones leonesas son hechos sobradamente documentados y que no permiten una investigación más allá de la parte operativa y táctica, constitución de las huestes, itinerarios, la preparación y desarrollo de los combates y necesidades de la campaña.

Dentro de las fuentes mencionadas, se ha utilizado fundamentalmente la *Crónica del Califa Abderramán III an Nasir entre los años 912 y 942 (al Muqtabis V)*, de Ibn Hayyan. El resto de las crónicas se han utilizado para apoyar a esta y no dar una sola fuente como referencia, así como para el desarrollo de los acontecimientos internos. Asimismo, se han empleado textos contemporáneos de reconocida solvencia que tratan el fenómeno de la guerra y las incursiones durante este siglo X.

Las fechas se enuncian siguiendo el calendario gregoriano. Por facilidad de impresión los nombres musulmanes no están escritos según la grafía adoptada por la escuela de arabistas españoles.

Situación general

El siglo X en su primera mitad estuvo marcado por una gran actividad guerrera y expansionista del reino o los reinos, en ocasiones, cristianos norteños y por una grave crisis del emirato cordobés que llevó a que, en la práctica, muchos de sus territorios fueran casi independientes, prestando como mucho una obediencia nominal al impotente emir cordobés. Si en esta situación los reinos del norte cristiano hubieran dispuesto de más fuerza demográfica y económica, es posible que se hubiera producido una situación semejante a la que se daría siglo y medio más tarde, con unos reinos de taifas producto de la disgregación de la entidad estatal superior y sometidos y esquilados por los agresivos reinos cristianos, si bien, en la época que nos ocupa, el potencial relativo de al Andalus era mucho mayor y, aunque fuera de una manera nominal, la autoridad del emir solo estaba cuestionada por elementos rebeldes, con lo cual este tenía siempre la capacidad para hacer llamamientos para la guerra, aunque dichas convocatorias tuvieran distintas acogidas entre los gobernantes locales según les afectara directamente el peligro o fueran en ese momento sus relaciones con el gobierno emiral.



Mapa de la distribución política aproximada en la Península Ibérica durante la primera mitad del siglo X



La ciudad fronteriza de Zamora, representada aquí por la puerta de Doña Urraca, el principal punto de apoyo del reino leonés sobre el río Duero

Pero el reino de León, y mucho menos el rey navarro o los pequeños condados pirenaicos, no tenían capacidad para realizar una empresa repobladora amplia. Sus guerreros podían hacer profundas correrías sobre territorio musulmán, pero siempre tenían que regresar a sus bases. Con las mencionadas y escasas condiciones demográficas y económicas, la actividad guerrera se limitó prácticamente a efectuar incursiones, fonsado, aceifas o razias, en territorio enemigo para saquear lo posible, debilitar determinados puntos, aunque esta no fuera la razón habitual, y obtener tributos inmediatos³. No se pretendía en casi ningún caso ocupar una fortaleza o ciudad enemiga permanentemente, ya que, si esa fortaleza estaba bien defendida, se requerirían sucesivas campañas de hostigamiento y desgaste, aunque a veces un golpe de fortuna hacía que se obtuvieran unas ganancias territoriales que, habitualmente, no duraban mucho. Estas incursiones eran correspondidas por los dirigentes fronterizos emirales, allá donde tenían fuerza para ello, como los Banu Qasi en los actuales territorios de Aragón y Rioja, pero durante el primer cuarto del siglo X, la preponderancia de las armas cristianas fue

³ GARCÍA FITZ, Francisco: *op cit.*, pp. 45-48.

evidente. Adelantando el futuro, es preciso señalar que esta superioridad, fruto de la desunión del emirato, pronto desaparecería, circunstancia esperable habida cuenta de la correlación real de fuerzas: en cuanto el emirato, futuro califato, recuperó un tanto su unidad y potencial, los reinos de León y Navarra tuvieron que actuar a la defensiva, consiguiendo mantenerse frente a operaciones de mayor intensidad llevadas a cabo por el poder cordobés, que también advirtió que eran unos actores políticos con los que había que contar, gustara o no. La situación fue basculando cada vez más a favor de Córdoba hasta la época de Almanzor, a finales de siglo, en la que los reinos norteños resultaron con frecuencia arrollados por el poder guerrero desplegado por los gobernantes cordobeses, pero aguantaron, mientras que la propia política del válido acabó carcomiendo las bases del estado cordobés y, en cuanto los amiríes desaparecieron, el califato se hundió y los norteños consiguieron imponerse sobre los restos desunidos del mismo.

A principios del siglo X el reino de León había logrado consolidar, más o menos, una línea fronteriza que coincidía con el curso del Duero o, incluso, superaba este río en la parte occidental de su curso. Muchas de las tierras situadas al norte de la margen derecha estaban escasamente pobladas y eran ocupadas poco a poco mediante presuras llevadas a cabo por hombres libres o iniciativas nobiliarias, pero el déficit poblacional impedía una repoblación masiva.

El sur del Tajo también era una zona poco poblada, expuesta a las esporádicas incursiones norteñas y su estructura territorial estaba basada prácticamente en unas fortalezas de vigilancia y control del terreno, con poblaciones dispersas. Entre el Duero y el Tajo existía una zona que, podemos considerar semidesértica o, al menos, no dominada efectivamente por ningún poder estatal. Sánchez Albornoz propuso la teoría del desierto del Duero, que se iría desplazando hacia el sur a medida que las tierras al norte del Duero iban siendo ocupadas, hasta quedar comprendida entre los dos ríos mencionados⁴. Esta afirmación, ha sido considerada hiperbólica por otros medievalistas, ya que, si bien existieron itinerarios recorridos habitualmente por las incursiones armadas a lo largo de los cuales la población debió desaparecer casi por completo, es muy probable que en otras zonas más alejadas su presencia se redujera a un plano rural, sin que los lugares ocupados estuvieran adscritos a ningún poder estatal concreto ni prestaran sumisión salvo cuando se aproximaban las mesnadas o ejércitos de sus enemigos, fueran cuales fueran⁵. Lógicamente, una incursión frontal sobre alguna de

⁴ SÁNCHEZ ALBORNOZ, Claudio: *Orígenes de la nación española. El reino de Asturias (Selección)*. SARPE, Madrid, 1985, pp. 122-124.

⁵ LOMAX, Derek W: *La Reconquista*. Ed. Crítica, Barcelona 1984, pp. 42-43.

estas zonas fronterizas, es decir, desde el punto de vista norteño, en terminología actual, Extremadura o el Alemtejo portugués, hasta Lisboa, o, desde el punto de vista de los andalusíes, la zona Sur de la cordillera Cantábrica, más o menos las actuales provincias de Palencia, León, Zamora y Valladolid y Tras os Montes portugués, presentaba serios inconvenientes para el abastecimiento sobre el terreno, además del problema de la vialidad, ya que había que cruzar necesariamente al menos dos ríos cuyo paso no es fácil, el Duero y el Tajo, que debían ser atravesados por puntos fijos que, si bien podían ser utilizados, la mayoría de las veces por no estar defendidos, constituían puntos de paso obligado que condicionaban las direcciones a seguir. Respecto a la defensa del territorio, hay que hacer notar que no se trataba de sociedades monolíticas ni mucho menos. Es decir, mediante un tratado o acuerdo, un magnate o dirigente local podía permitir el cruce de sus tierras a un ejército enemigo, a cambio de que no causara daño, o demasiado daño, en ellas, independientemente de que su lejano gobernante lo considerara de otra forma. Este hecho resultaría mucho más evidente en los casos de disparidad evidente de fuerzas, como ocurrió en los posteriores tiempos de Almanzor⁶.

Algo que no siempre se tiene en cuenta es la rapidez de las comunicaciones en la época. Si nos ceñimos a esta especie de estados atomizados, hay que admitir que no contaban con un sistema estable de, denominémosle, alerta temprana que fuera más allá de la propia esfera de influencia del núcleo principal, muchas veces limitada al propio alfoz de la ciudad y, aun así, tampoco muy desarrollado, ya que dicha influencia territorial era muy variable en poco tiempo. Muchas veces no existían sistemas coordinados territorialmente de alarma mediante fuegos o humos que permitieran avisar de la presencia de enemigos, ya que estas señales se basaban en un sistema efectivo de torres o fortalezas de alerta debidamente guarnecidas. En otras ocasiones sí que existían estas redes de alerta, al menos hasta cierto punto, pero no lo suficientemente desarrolladas como para alcanzar un verdadero centro de poder con gran capacidad de reacción. Por otra parte, el aviso mediante mensajeros no permitía habitualmente tomar sobre el avance enemigo una ventaja mayor que la de un tiempo suficiente para tratar de poner a salvo los bienes muebles; dicho avance a su vez se efectuaría con la máxima

⁶ Anónimo: *Introducción a la Historia Silense. Crónica de Sampiro*. Versión castellana de Moreno Gómez, Manuel. Madrid, 1921, pp. CX–CXI. Se menciona como Almanzor gozó en numerosas ocasiones de la colaboración de guerreros cristianos, aunque no especifica quienes.

JIMÉNEZ DE RADA, Rodrigo: *De rebus Hispaniae*. Versión Gonzalo de la Hinojosa., Ed. Digital, pp. 163-164. Este cronista relata cómo parte de los ejércitos de Almanzor estaban compuestas por cristianos, muy apreciados. Se considera que, a pesar de la distancia temporal, es un documento más desapasionado que el anterior.



Representaciones de guerreros en el *Beato de la Seo de Urgell*. Siglo X.

Se advierte que los jinetes van sin estribos, aunque quizá pudo ser un fallo del autor, un monje, seguramente.

Los guerreros debían llevar protecciones bajo sus ropas y, al menos los jinetes lanza, espada y casco



Guerreros en el *Beato de San Miguel de la Escalada*, primera mitad del siglo X. Se observa a jinetes ligeros, con arco, y más pesados con lanza y espada. Hay que remarcar la ausencia de protecciones, salvo rodellas, en los hombres de a pie y la posible presencia de éstas bajo los ropajes de los jinetes

rapidez compatible con la seguridad hasta alcanzar la zona de operaciones prevista. La poca entidad numérica de las incursiones, muy lejana de las cifras de los cronistas, hacía que, de la noche a la mañana, una fuerza cambiara de dirección, adentrándose en zonas que no revestían un interés crucial para los anteriormente amenazados, que se limitarían a dar aviso, si podían, a sus vecinos⁷. Si intentaban pedir ayuda a un gobernante poderoso con cierta capacidad de acción contra los algareros, lo más probable es que dicha ayuda llegara demasiado tarde, respondiendo probablemente el gobernante con una incursión propia cuando pudiera, lo que resultaba un escaso consuelo para aquellos que habían visto su tierra devastada o habían tenido que comprar su seguridad. Por lo tanto, la reacción inmediata a una incursión dependía de la capacidad de los afectados y vecinos inmediatos para contrarrestarla.

El reino de León

El reino de León había alcanzado poder y definición política y territorial, superando ya claramente el ámbito asturiano, durante el reinado de Alfonso III el Magno. Aunque tradicionalmente se considere como primer rey de León a García I, hijo del anterior, Alfonso puede ser considerado como el creador de un estado que territorialmente superaba ya con mucho el ámbito asturiano y cantábrico, ya que, durante su reinado, consiguió una gran ampliación del territorio efectivo de su primitivo reino, alcanzando el Duero en casi toda su longitud e, incluso, sobrepasándolo en el Oeste, consiguiendo ocupar precariamente Viseu, Lamego y Coimbra, que se perderían en tiempos de Almanzor. Consiguió resistir las acometidas de un emirato aún fuerte, bajo el mandato de Muhammad I, derrotando a las fuerzas incursoras en varias batallas. Este rey contó entre sus ocasionales aliados con rebeldes a la autoridad del emir, el más representativo de los cuales, por su éxito final, fue Ibn Marwan al - Ýilliqui, descendiente de muladíes, típico señor de frontera, expulsado de Mérida, sin lealtades definidas, que combatió a las fuerzas emirales y colaboró con el rey asturiano, pero que, al final, obtuvo el perdón del emir y su autorización para trasladarse a la nueva ciudad de Badajoz. Alfonso III también consiguió derrotar a las puertas de

⁷ Por ejemplo, durante la incursión de Ordoño II contra Mérida, la hueste real debió ser necesariamente detectada al cruzar el puente de Alcántara. No parece que esto afectara al estado de alerta de Mérida, que el rey esperaba poder sorprender, aunque quizá hubieran llegado vagos rumores hasta la ciudad que mencionaran que una cabalgada, de la cual no se conocía el objetivo ni el alcance, se dirigía hacia el sur, quizá hacia Badajoz (*nota del autor*).



Figura 5. Fragmento de miniatura del *Liber Testamentorum Ecclesiae Ovetensis* representando a Alfonso III de Asturias y a su esposa Jimena

Zamora a un grande pero inexperto ejército, dirigido por un curioso personaje autodenominado Mahdí, Ibn al-Quitt, de creencias shíites, que murió en la empresa. En la época de esta visionaria expedición y tras la muerte de Muhammad I, en 886, el emirato estaba perdiendo fuerza, y este tipo de aventuras no auguraban nada bueno para su porvenir, pero el reino cristiano también tenía sus problemas. Un oscuro episodio puso a los hijos de Alfonso III en contra de éste. El viejo rey se retiró del gobierno y el reino se dividió entre sus tres hijos, que ejercieron como reyes, si bien respetaron los deseos de su padre, dando prioridad a León, que correspondió al primogénito García, sobre Galicia, que correspondió a Ordoño, y Asturias, que fue regida por Fruela. Alfonso murió, ya sin ostentar el título real, tras una incursión por tierras sevillanas, para realizar la cual solicitó autorización a su hijo García, rey titular de León.

El estado cordobés

El emirato cordobés había sido fundado por el príncipe omeya Abd ar-Rahman ibn Muawiya ibn Abd al Malik (Abderramán I), escapado de las luchas entre omeyas y abbasíes en 755, que en 756 se proclamó emir, es decir gobernante independiente, aunque espiritualmente sometido al califa de Bagdad, tras derrotar al gobernador califal. Demográfica, económica y territorialmente era una estructura imponente para su tiempo, que, exceptuando al futuro imperio carolingio y al imperio oriental aún denominado romano, no tenía parangón en Europa. No obstante, como cualquier estructura política de la época, presentaba una acusada tendencia a la disgregación interna, bien por conflictos ideológicos o económicos o por falta de una autoridad fuerte que sujetara las tendencias centrífugas de la nobleza local. Las comunicaciones y capacidad de influencia de un dirigente restringían la posibilidad de éste de controlar tanto a las facciones como a los notables locales. Si dicho dirigente no era fuerte o hábil, su autoridad podía verse rápidamente restringida. Esto, que como ya se ha dicho, podía ser aplicado a casi todas las entidades estatales, musulmanas, cristianas o lo que fueran en la época, se veía agravado en caso del emirato por los distintos orígenes de los conquistadores, árabes, sirios, bereberes, y las tensiones de estos en su conjunto con la población autóctona, bien fueran muladíes o mozárabes cristianos, mucho más numerosos que los invasores. El número de población adepto a las creencias cristianas iba disminuyendo paulatinamente, debido a las facilidades económicas y sociales que daban las conversiones y a la emigración, voluntaria o forzosa, a las tierras del Norte, aunque, desde

luego, dicha disminución no debía ser homogénea y dependería mucho de las características del poder musulmán de la zona. Richard Bullet estima que, a comienzos del siglo X, dicha proporción de cristianos entre la población no sería superior al 50% considerando la totalidad del emirato⁸.

Muhammad I (852-886) fue el último emir de Córdoba bajo cuyo gobierno el emirato demostró cierta fuerza. Aun así, debió comprobar que dicha fuerza no era suficiente para doblegar al rey asturiano, cuyos dominios se extendían por toda la cornisa norte, desde Galicia hasta Castilla, si bien muchas zonas fronterizas estaban bajo la autoridad real de condes y magnates. Las rebeliones, más o menos evidentes formalmente, fueron adquiriendo gravedad y número a lo largo del periodo de gobierno de Muhammad. Entre ellas destacan las de Toledo, la de los Banu Qasi, señores del curso medio del Ebro, aliados o enemigos, según las circunstancias, los Arista de Navarra cristianos, la de ibn Marwan en la Marca inferior, Mérida, y, hacia el final de su reinado, en 880, la de Ibn Hafsun en la zona Sur de la actual Andalucía, que perduraría como una enfermedad que carcomía las fuerzas del emirato hasta los tiempos de Abderramán III, que la daría por finalizada en 928. En todas ellas se mezclaron los factores antes indicados de procedencia étnica, ansias de poder personal y falta de autoridad del emir. Si a ello le sumamos el fracaso de las expediciones contra los asturianos, cuyo máximo exponente fueron los combates de Polvoraria y Valdemora, en las cuales fueron derrotadas las fuerzas de Al - Mundir, hijo de Muhammad, en las dos pinzas de la expedición que éste había organizado, nos encontramos con que, al final de su gobierno, Muhammad dejaba un emirato muy debilitado, más por las fuerzas centrífugas que inmediatamente comenzaron a actuar o, más bien, a manifestarse abiertamente, que por las pérdidas reales sufridas. A Muhammad I le sustituyó Al - Mundir, el antiguo príncipe derrotado, que gobernó, en lo posible, nada más que dos años, muriendo en el 886. Este fue sucedido en 888, por Abd - Allah, bajo cuyo gobierno el emirato pasó por su época más decadente. No solo los grandes señores fronterizos y los rebeldes declarados desafiaron al gobierno central, sino un sinnúmero de entidades, poco más que locales y cuyos dominios efectivos se circunscribían a pequeñas zonas, frecuentemente en litigio con sus vecinos, se hicieron prácticamente independientes, prestando solamente una obediencia nominal a Córdoba, que carecía de fuerza tanto para someterlas como para darles protección ante las amenazas de los cristianos norteños. Buena prueba, por irse centrando en la zona que se trata, se tiene en la denominada Marca Inferior, la antigua

⁸ BULLET, Richard W: *Conversion to islam in the medieval period: an essay in quantitative history*. Cambridge. Harvard University Press, 1979, pp. 114-128.

Lusitania. En la época de las incursiones de Ordoño, al final del emirato de Abd - Allah, en Évora gobernaba Marwan abd al Malik ben Ahmad, en Badajoz, el nieto del fundador, Abdallah ben Muhammad ibn Marwan. La más grave de todas las rebeliones, la de Ibn Hafsun en la zona de las sierras del Sur de Andalucía, cobró fuerza, hasta el punto de que hubo un momento en que las zonas que prestaban obediencia a Ibn Hafsun llegaban hasta las proximidades de la propia Córdoba.



Ruinas de Bobastro, en el término de Ardales, en la actual provincia de Málaga. Este fue el centro de la rebelión de Ibn Hafsun, que llegó a hacer peligrar al mismo emirato.

Acontecimientos generales inmediatos

Mientras esta disgregación política afectaba al emirato, uno de sus rivales, el más fuerte y extenso de ellos, el reino de León, a salvo del contacto con el decadente resto franco del imperio carolingio, del que al menos nominalmente formaba parte el extremo nororiental de la Península, adquiría fuerza y prestigio en mano de Alfonso III el Magno. No obstante y a pesar de su exitoso reinado, como ya se ha mencionado, Alfonso fue depuesto por sus hijos, al parecer ofendidos por el tratamiento que les dispensaba su regio padre y que contaban con la ayuda de Jimena, esposa de Alfonso de origen navarro y con la ayuda del propio rey navarro, receloso sin duda de la pujanza del reino ya leonés. La reina consiguió que se aplicara en la sucesión el derecho navarro,

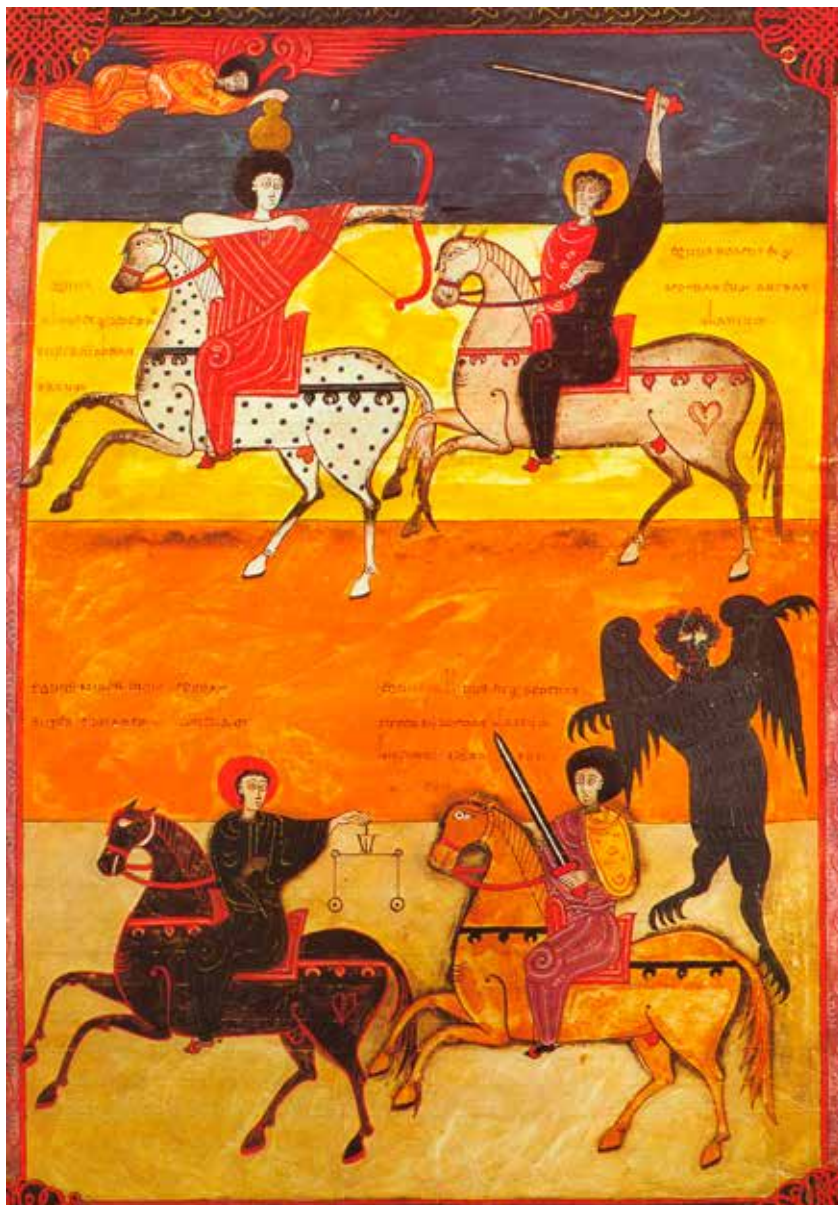
en línea con el franco, que propugnaba o al menos permitía la división del reino entre los hijos reales, en contraposición al derecho astur de raíz hispano visigoda que abogaba por mantener la unidad. La deposición no acarreo mal físico para el antiguo rey, que, como ya se ha comentado, terminó su vida realizando una incursión contra tierras del emirato, precisamente contra los alrededores de Mérida, a la vuelta de la cual falleció en Zamora a los 58 años.

En 910, los tres hijos varones de Alfonso se habían asentado en sus respectivos reinos: García, el primogénito, se había hecho cargo de León, es decir, de la franja de terreno comprendida entre los límites actuales de Galicia y los confines de Navarra, más o menos en la parte nororiental de la actual provincia de Burgos, mientras que de Norte a Sur sus dominios directos iban desde la cordillera Cantábrica, donde lindaban con los de su hermano Fruela, hasta el Duero. Su posición era preeminente entre sus hermanos y parece ser que podía contar con sus fuerzas para empresas que representasen un bien común para sus reinos. Fruela admitió esa superioridad política de su hermano y continuó gobernando su reino asturiano hasta que el destino le llevo a hacerse cargo de la totalidad del reino a pesar de ser el menor. Ordoño, en cambio mantuvo una relación distante con su hermano García, si bien el corto reinado de éste no favoreció la aparición de rencillas. Su reino, hacia el Sur, también alcanzaba, e incluso superaba el Duero y, por lo tanto, tenía abierta la vía para realizar incursiones en dirección Norte - Sur contra el territorio del emirato situado más a mano, es decir, lo que hoy es Portugal, al Sur de sus dominios, la zona Oeste de la Marca Inferior.

A Ordoño lo presentan las crónicas como de natural belicoso⁹ y, además de este rasgo de su carácter, quería hacerse con la fidelidad, siempre relativa, de la nobleza gallega. Para ello utilizaría el remedio que siempre usaba un rey o magnate de la época: realizaría incursiones sobre el territorio del enemigo, lo que, por una parte, serviría para desfogar las energías nobiliarias, por otra, si las incursiones resultaban exitosas, reafirmaría su posición al frente del reino y, por fin y no menos importante, con suerte proporcionaría riquezas que le permitirían premiar a sus partidarios, que habrían participado en las incursiones, y hacer donativos a la Iglesia y regalos a gobernantes extranjeros que le ganarían su apoyo y benevolencia.

Aparte de participar en las aceifas llevadas a cabo por su padre, sabemos por la *Crónica anónima de al-Nasir* y por la *Crónica Silense*, más extensa en este punto, que Ordoño, siendo gobernador de Galicia, que no rey, había dirigido ya una correría contra al Andalus, alcanzando Regel, lugar

⁹ Anónimo: *Introducción a la Historia Silense. Crónica de Sampiro. Op. cit.*, p. C. Así lo definen, aunque este calificativo sea común para casi todos los reyes. Teniendo en cuenta sus hechos posteriores, no parece exagerado llamarlo así.



Los cuatro jinetes del Apocalipsis en el *Beato Facundus*, (Biblioteca Nacional) de principios del siglo XI. Aunque siguen manteniendo los ropajes de los anteriores Beatos en una época en que se empezaban a imponer las protecciones de malla, lo cual quizá sea una prueba de la idealización de las miniaturas, sí que se han dibujado estribos, que, probablemente, fueran de uso general en época muy anterior

no identificado y que debía de estar en las afueras de Sevilla, obteniendo un gran botín, por lo que podemos deducir que había adquirido experiencia y un relativo conocimiento del terreno de la Bética y la Lusitania. Por cierto que la ciudad de Sevilla, en la época de la incursión de Ordoño, quizá el año 908, aunque esta datación no es segura, estaba sublevada contra el gobierno de Córdoba, de la cual era Emir Abd - Allah, lo que ya da una indicación clara de cuál era la situación interna del emirato.

Organizó Ordoño, ya como rey de Galicia, una aceifa sobre el territorio colindante con el Sur de sus dominios, es decir, la antigua Lusitania o la Kura de Mérida o Marca Inferior del desunido emirato. Era esta una zona donde existían antiguas ciudades, venidas a menos, de origen romano, como Mérida, Évora, Lisboa o Beja. La ciudad más importante políticamente y también quizá más fuerte era Badajoz, de reciente fundación como tal ciudad por ibn Marwan, que, recordemos, tras prestar servicio al rey Alfonso III, volvió, relativamente, a la obediencia del emir, fundando con su autorización la nueva ciudad, en la que se estableció con sus partidarios, muchos de ellos emeritenses y también muchos de ellos cristianos, en la que podría gobernar y que no tendría nada que ver con su origen, ya que en Mérida era despreciado y odiado por las cabalgadas cristianas que, como consecuencia de sus anteriores querellas, había conducido. No obstante, a los ojos de los cristianos del Norte, el prestigio de una ciudad lo confería su antigua denominación de diócesis, por lo que, en este aspecto, tanto Mérida, metrópoli de los obispos, como Évora superaban a la relativamente advenediza ciudad de Badajoz.

Llegados a este punto, es preciso detenerse en las posibles finalidades que tenía el rey Ordoño para realizar esta potente incursión. Las que podíamos denominar políticas ya se han mencionado: necesitaba afianzar su dominio sobre su reciente reino y unir a la nobleza gallega en torno suyo. Pero, ¿cuáles eran sus objetivos para conseguir estas finalidades?. Ciertamente, era muy difícil prever unos objetivos sobre el terreno para una incursión de este tipo, más allá de los genéricos: conseguir botín y prisioneros y destruir bienes del enemigo. No es probable que, aunque conocieran con bastante certeza el estado de las distintas fortificaciones y ciudades de la zona, estuviese dentro de las mentes de Ordoño y sus consejeros la idea de tomar Évora u otra ciudad cualquiera mediante un ataque en fuerza: la ciudad se encontraba a una distancia excesiva de sus dominios para pretender atacarla por sorpresa y conservarla. Para algo que no fuera la sorpresa, era preciso realizar unas campañas previas que permitieran dominar en entorno del objetivo, asegurar las comunicaciones y los alimentos que requerirían los sitiadores durante un tiempo previamente

estimado y asegurarse la posibilidad de respuesta ante la previsible ayuda que los sitiados solicitarían al poder llamémosle central o más probablemente, a sus vecinos. Además, la composición de la hueste sería distinta para una incursión, aunque esta fuera grande, o para un sitio, por breve que este llegara a ser. Desde luego, en el siglo X, este sistema de aproximación que prácticamente obligaba a la conservación de la plaza asediada, no era práctica muy común, al contrario de lo que llegaría a ser en siglos posteriores. Dada la disparidad real de fuerzas, la escasez de efectivos y la estacionalidad de la guerra, si se conquistaba una fortaleza solía ser por asalto o por abandono de sus defensores. Quedaba fuera de las posibilidades de los cristianos norteños intentar poblar y mantener una ciudad aislada y lejana, demasiado vulnerable ante una reacción del emirato.



**Guerrero musulmán (detalle) en la Arqueta de Leire, Siglo X (Museo de Navarra).
Su equipamiento es similar al de los guerreros cristianos**



Cartulario del siglo XII del Libro de las Estampas, conservado en la Catedral de León, representando a Ordoño II. Dado el tiempo transcurrido desde su muerte, es poco probable que esos fueran los rasgos auténticos del monarca, si bien nos pueden dar una idea de su aspecto

Por lo tanto, la finalidad de la incursión o aceifa de Ordoño, en estos momentos de Galicia, debía ser obtener ganancias y botín tanto para él como para sus nuevos súbditos, afianzando la confianza de estos en su liderazgo, si bien, por la dirección tomada, debía tener conocimiento de la frágil situación defensiva de la plaza de Évora, por lo que, actuando de una manera oportunista, si podía, no dejaría de atacarla. Cuando salió de sus territorios, es posible que ya llevara en mente realizar un ataque a la plaza para, por lo menos, obtener un rescate de sus ciudadanos, ya que era muy aventurado, con la información parcial y de dudosa fiabilidad de que dispondría y los amplios lapsos de tiempo que llevaban las preparaciones para una campaña, aún de este tipo, marcarse un objetivo fijo, dejando que este objetivo final fuese el que permitiesen las circunstancias.

Aunque muy brevemente, es necesario detenerse en el tipo de guerreros que debían constituir la hueste real y su armamento. Cuando se desarrollaba una expedición real de envergadura, los guerreros principales serían los magnates y nobles, a los que se uniría su séquito. Estos séquitos, para una acción ofensiva del tipo de un fonsado, serían sobre todo hombres montados, aunque de ninguna manera se puede excluir la presencia de numerosos hombres a pie, de hecho quizá más numerosos que los jinetes.¹⁰ Los guerreros debían llevar un armamento bastante ligero en su mayoría. No se dispone de restos arqueológicos de armas de la época, pero, a tenor de las ilustraciones de los Beatos mozárabes, parece ser que tanto hombres de a pie como caballeros llevaban escasas protecciones, como cascos o lorigas, estando dotados de espadas o cuchillos grandes, lanzas y armas arrojadas, arcos y flechas. Su protección se limitaba, según estas ilustraciones, a un escudo redondo, muchas veces decorado con motivos estelares de raíz precristiana. Los caballos a veces son montados sin estribos, lo que incide en la idea de que eran, al menos en su mayoría, caballería ligera. No obstante, se hace difícil creer que se hubiera perdido la tradición visigótica del jinete protegido por armaduras de escamas o lorigas y casco¹¹. Es también probable que estas protecciones estuvieran reservadas a nobles ricos, pero, desde luego, debían existir, aunque muy restringidas por su precio y por la escasez de artesanos capaces de fabricarlas. Es probable que, debajo de los ropajes que nos ofrecen las ilustraciones de los Beatos, se encontraran protecciones de cuero o tela con placas metálicas cosidas, que no privarían de ligereza al jinete y le darían una protección aceptable.

¹⁰ ISLA FREZ, Amancio: *Ejército, sociedad y política en la Península Ibérica entre los siglos VII y IX*. CSIC, Madrid, 2010, pp. 132–133.

¹¹ CONTAMINE, Philippe. *La guerra en la Edad Media*. Ed. Labor, Barcelona, 1984, p. 235. Contamine recoge la tradición franca de protecciones personales, que, desde luego, confirma que existían guerreros protegidos por brogues o lorigas, tal y como debían haber estado cubiertos los del periodo visigótico.

El equipo de los andalusíes sería semejante en todo, si bien los ciudadanos que defenderían las ciudades atacadas tendrían un armamento tanto ofensivo como defensivo inferior al de los algareros, gente de guerra a fin de cuentas. Los escasos cuerpos de guardias emirales y los nobles estarían igual o mejor equipados que los leoneses, con lorigas, cascos y espadas.

Campaña de Évora

Ordoño y su hueste debieron salir de los límites de su reino para realizar la incursión en verano del año 913, posiblemente durante el mes de julio. Era la mejor fecha, ya que, en la zona del sur de la península ya se habían recogido las cosechas de cereales, estando estos guardados en los almacenes, mientras que en el norte, Galicia, todavía no había comenzado la recolección, aunque este dato, para una hueste de guerreros que dedicaban la mayor parte de su tiempo casi exclusivamente a las acciones bélicas, no tendría demasiada importancia¹². Ante una incursión enemiga, la población procuraba refugiarse en alguna fortaleza con lo que pudiera llevar consigo, tal y como, situándose en el siglo XV pero sin que la situación hubiese perdido vigencia, nos refleja el romance de Álora:

*Las moras llevaban ropa
los moros llevaban trigo
y los moricos pequeños
llevan la pasa e figo*

Pero mucho se quedaría en los depósitos o a algunos les sorprendería la incursión, siendo ellos mismos hechos prisioneros junto con sus enseres tomados como botín. Los ganados con sus dueños o pastores intentarían apartarse del eje de progresión de la incursión, al menos unos diez kilómetros, distancia que no haría rentable batir el terreno, que por otra parte ellos conocían perfectamente, para intentar hallarlos, pero que no les aseguraba que, debido a que algún prisionero o guía informara a los atacantes, o a la simple casualidad, estos no los encontrarán, consiguiendo en esas ocasiones un gran botín en cabezas de ganado.

La hueste reunida por Ordoño para realizar la incursión no sería muy numerosa, ya que todos los participantes serían hombres libres¹³. Esto hace

¹² Datos proporcionados por Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación. *Calendario de siembra, recolección y comercialización de cereales en grano*. Madrid, 2019.

¹³ SÁNCHEZ ALBORNOZ, Claudio: *op. cit.*, pp. 309-310.

que la base demográfica para obtener guerreros se redujese aún más¹⁴. A pesar de su carácter de fonsado, en ella participarían sólo miembros de las grandes familias y, en su caso, preladados, con sus allegados, más criados, muleros y otro personal, todos ellos combatientes llegada la ocasión. Además, esto es lógico, pues para llevar a cabo una acción de este tipo era fundamental que toda o casi toda la tropa fuese montada, bien en sus propios caballos de batalla, bien en otra clase de cabalgaduras. Interesaba desplazarse a la máxima velocidad posible, es decir, unos 25 ó 30 km diarios, sin pausa, hasta alcanzar la zona prevista. Si la incursión era pequeña, trataría de utilizar itinerarios escondidos, que asegurasen la sorpresa del objetivo. En este caso, dado que se trataba de un fonsado, convocado por el rey, el tamaño de la hueste sería más considerable. Es difícil siquiera realizar una aproximación al número de guerreros que acompañaban a Ordoño durante esta campaña. Dado el carácter real de la incursión y que el rey era soberano de unos territorios con escasa capacidad demográfica, es probable que participara en ella casi toda la nobleza del reino, salvo aquellos que se excusaran con las más diversas razones, subyaciendo en el fondo en la mayoría de los casos la poca afinidad con el rey, falta de necesidad de obtener botín o la propia encomienda del soberano para que atendiesen los asuntos locales y guardasen el reino en su ausencia. Para hacernos una idea, sin querer ser exactos ni mucho menos, ya que esto es imposible, podemos evaluar el número de componentes de la incursión en menos de un par de miles, de los cuales al menos la mitad serían jinetes, siendo el resto sirvientes de los mismos, que, en un caso dado, combatirían a pie¹⁵.

Una incursión de este tipo no era algo que se pudiera decidir de la noche a la mañana. En unas sociedades cuya capacidad económica era escasa y en las que la capacidad de producción alimenticia estaba sólo un poco por encima del nivel de subsistencia, se necesitaba realizar una programación con mucha anterioridad para que los convocados pudiesen hacer acopio de

¹⁴ No es posible conocer ni por aproximación las posibilidades de movilización de gentes para la guerra de que podía disponer el rey Ordoño. El mayor número de próceres del reino de que disponemos en una relación son 31 firmantes, aparte del rey y la reina, en un convenio entre los obispos de Lugo y Santiago sobre unos terrenos. LÓPEZ FERREIRO, Antonio. *Historia de la Santa A. M. Iglesia de Santiago de Compostela*. Santiago, 1898–1911. Tomo II, pp. 101–102. Doc. XLV.

Este número no sería ni mucho menos la totalidad de nobles capaces de formar una hueste propia, además de la muy diferente cantidad de guerreros que podía aportar cada uno, pero da indicios de que un número de 1.000 guerreros, más criados, no es exagerado.

¹⁵ ISLA FREZ, Amancio: *op. Cit.*, p. 159. Respecto al enfrentamiento entre el conde Flaino, con refuerzos reales, y los Banu Gómez y Ansúrez, opositores al poder real, el año 932, todos leoneses, el autor cifra como número máximo de combatientes unos dos mil entre ambos bandos.

abastecimientos y medios de transporte, que, dada la importancia de la velocidad en el desplazamiento, que les impediría un saqueo a gran escala, serían necesarios al menos hasta alcanzar la zona objetivo. Posiblemente, la decisión de efectuar una acción de semejante envergadura debería ser tomada durante el otoño o invierno anterior, para dar a los participantes el tiempo necesario para reservar o adquirir, en su caso, las provisiones necesarias. Si consideramos que Ordoño reuniría a su fuerza en algún lugar al norte del Duero cuya ubicación exacta desconocemos y también consideramos que se dirigió a la zona de Évora directamente, debió marchar más de 400 km entre un punto y otro. Este itinerario debía ser recorrido de la manera más rápida posible para evitar que las noticias de la incursión llegaran con mucha antelación a los distintos puntos del itinerario. Por tanto, como ya se ha mencionado, las posibilidades de saqueo, sobre todo de víveres, serían escasas durante un desplazamiento, durante el cual primaria la velocidad y durante el cual, además, se encontrarían con una población muy pequeña y dispersa. Aún en caso de hallar zonas aptas para el saqueo, era necesario detenerse en un punto y abrirse sobre una zona, lo que provocaba pérdidas de tiempo y, por tanto, del factor sorpresa. Por eso los hombres y animales debían llevar consigo casi todo lo que tuvieran previsto consumir durante el desplazamiento, es decir, aproximadamente comida para entre diez y quince días, siempre pensando que algo se podría obtener en el camino, como pasto y agua. Si damos por buenas las cifras mencionadas anteriormente, a efectos de cuenta, es decir, mil caballeros o jinetes y otros mil hombres, que no olvidemos que, ocasionalmente, podían desplazarse sobre cabalgaduras de cualquier tipo, aunque probablemente el ritmo de avance permitía su desplazamiento a pie, la hueste necesitaría transportar entre 40.000 y 60.000 kg de comida, solo para la alimentación humana¹⁶. Si cada hombre transportaba sobre sí mismo las raciones necesarias para tres días, cifra razonable a efectos de cuenta, las necesidades de transporte estarían comprendidas entre 28.000 kg y 48.000 kg. Dicho transporte sería realizado sobre acémilas, ya que es hartamente improbable que se empleasen carros en número significativo, debido a la consabida necesidad de rapidez. Si cada acémila, asno o mula, transportaba una media de 100 kg, cantidad que lógicamente iría disminuyendo rápidamente, nos encontramos con que dicha hueste necesitaría como máximo 480 acémilas, Por otra parte, y más grave que lo anterior, había que tener prevista la alimentación de los animales, sobre todo de los caballos. Estos podían encontrar

¹⁶ GONZÁLEZ LANZAROTE, José María: *Zalaca. La batalla en el siglo XI*. Editorial Regional Extremeña. Mérida, 2015, capítulo VI, «Logística», pp. 63–73.

Los cálculos efectuados para la batalla de Zalaca, en 1086, pueden ser extrapolados, con sus distintas circunstancias concurrentes, para la expedición de Ordoño, ciento cincuenta años anterior.

zonas de pasto durante el camino, pero habría que llevar grano, ya que era difícil que se encontrara cantidad suficiente del mismo a lo largo de toda la ruta. Aun cuando no se llevara todo el grano necesario para el mencionado desplazamiento de quince días, bien porque se tuviera certeza o, al menos esperanza de encontrar suministros a lo largo del camino, al menos habría que transportar cincuenta kilos por caballo¹⁷ y menos, debido a su carácter más sufrido y capacidad para alimentarse de productos del campo, para los asnos y mulos. Por dar una cifra para esa hueste, unos 50.000 kg, exclusivamente para los caballos de guerra y contando con que se encontraría pasto y alguna cantidad de grano, cultivado o salvaje, durante la marcha. A la comida para los caballos habría que sumar la de los animales de transporte, lo que, sin asignar a estos, más sufridos, pequeños o prescindibles, una cantidad determinada de grano para alimentación, elevaría las necesidades de transporte a alrededor de 800 animales al menos, ya que tampoco hay que presuponer una eficiencia máxima en la asignación y distribución de las cargas. Al final, una estimación de 1.300 acémilas, nos puede al menos dar una idea de las cantidades de animales necesarias, lo que sumado a los caballos de los jinetes, alguno de los cuales llevaría dos, nos proporciona unas cifras para la probable composición de la hueste de unos dos mil hombres y una cantidad mayor de caballos y animales de transporte, ya que no se han tenido en cuenta otras necesidades, como armas, herramientas u otras vituallas, que irían reducidas al mínimo dado el tipo de operación.

El desplazamiento se efectuaría a la máxima velocidad posible hasta alcanzar la zona deseada, evitando que la noticia de la llegada corriese mucho más deprisa que la propia incursión, lo que permitiría que los habitantes de las zonas que iban a ser objeto de la misma pudieran ponerse a salvo tras fortalezas o, al menos, pudieran esconder sus bienes, sobre todo ganado, en lugares recónditos.

Teniendo en cuenta las distancias propuestas por Al- Istarj y su traslado desde millas árabes a kilómetros¹⁸, encontramos que, para viajeros ligeros que no estuviesen cargados por demasiada impedimenta, se pueden asignar unos desplazamientos diarios comprendidos entre 35 ó 45 km diarios. Pero Ibn Galib dice lo siguiente:

«La duración del camino que hay entre Mérida y Córdoba, para el jinete diestro, son cinco días y para las tropas diez»¹⁹

¹⁷ BACHRACH, Bernard S.: *Caballus et caballarius in medieval warfare*. De re militari. Web. Chap I. War Horses.

¹⁸ PACHECO PANIAGUA, J. Antonio: *Extremadura en los geógrafos árabes*. Diputación de Badajoz, Servicio de Publicaciones, 1991, p. 20.

¹⁹ *Ibidem*, p. 23.

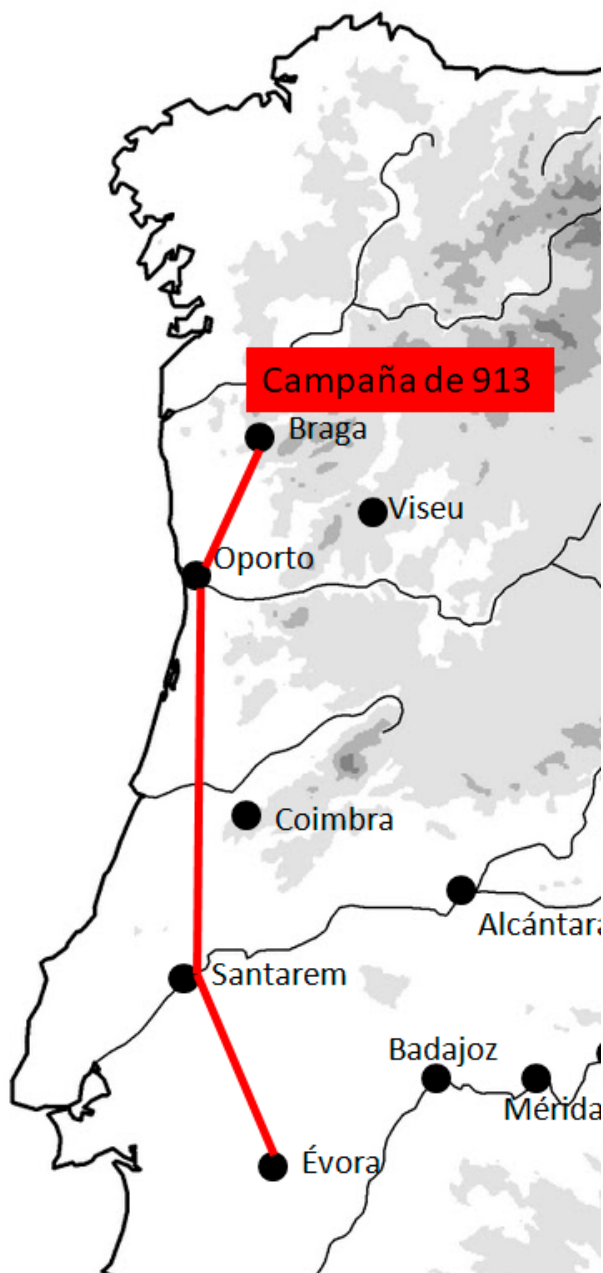
Es decir, que una tropa se desplazaba aproximadamente a la mitad de la velocidad que un jinete. Teniendo en cuenta, como ya se ha insistido, que el desplazamiento se llevaría a cabo a la máxima velocidad posible sin perjudicar a hombres y animales, se puede asegurar que, debido a los problemas de vías, avituallamiento y organización, en una marcha rápida, aunque no forzada, un ejército medieval no debía superar una media estimada entre 20 y 30 kilómetros diarios. Por tanto y teniendo en cuenta que la velocidad no dependía solo de la capacidad de avance de hombres y caballos, sino también del estado de la ruta y de la climatología, se puede estimar el tiempo de desplazamiento de la hueste incursora desde el Duero a Évora en menos de veinte días.

No se puede precisar el itinerario exacto que siguió la incursión mandada por Ordoño. Es de suponer que la concentración se realizaría en alguna plaza fronteriza, si bien, no debió ser la avanzada Viseu, que hubiera resultado más difícil de alcanzar por mesnadas individuales, con los consabidos problemas de abastecimiento, y, sobre todo, menos discreta para cualquier observador fronterizo. Por lo tanto, es posible que dicha concentración se realizara en Braga o en Chaves, con mayores posibilidades, a mi juicio, para la primera población. Esta opinión viene dada porque desde Braga (Bracara) se tiene acceso a la que fue vía romana principal que la une con Santarem (Scallabis) y Lisboa (Olisipo). Por otra parte, desde el mismo Santarem se puede cruzar el Tajo, que supone un obstáculo en todo su cauce y dirigirse por caminos en dirección SE a la zona de Évora; estos caminos, que quizá coincidieran en general con la actual IC10, cruzaban una zona que incluso hoy está poco poblada y que suponía un trayecto de unos cuatro días. Por otra parte, desde Braga a Santarem se tardaría alrededor de diez días²⁰; la suma de jornadas de marcha coincide con la cantidad máxima de alimentos que podían consumir antes de alcanzar la zona final. Lógicamente, si conseguían saquear algo por el camino, reservarían sus suministros propios.

En caso de que Ordoño y sus consejeros hubieran decidido la concentración en Chaves, tendrían que ir necesariamente a Viseu, para, desde allí, por caminos secundarios, cruzar el Tajo por Abrantes, donde es posible que, en la época, existiera un puente, o por Alcántara, lo que, desde luego, les alejaba de su objetivo, la zona de Évora, y les supondría más tiempo y esfuerzo y, seguramente, mayores dificultades para aprovisionarse por el terreno.

²⁰ GONZÁLEZ LANZAROTE, José María: *op. Cit.*, p. 112.

La distancia entre Braga y Évora es de 452 km, por las carreteras actuales y pasando por Santarem. El estudio hecho por el autor demuestra que la diferencia entre los antiguos itinerarios, tomando los propuestos por Al Idrisi y las actuales carreteras tienen diferencias que oscilan aproximadamente entre un 5% y un 10%, más cortos los primeros.



**Este fue el posible itinerario que seguiría la hueste gallega hasta alcanzar Évora.
El regreso debió realizarse por el mismo camino. Imagen del autor**

Por lo tanto, es la primera opción la que se considera más probable, por ser la más adecuada a los fines que se proponían.

Una vez que la expedición alcanzara la zona de Évora, o incluso antes si habían enviado alguna fuerza en algará, la población, en cuanto tuviera noticia del para ellos desgraciado acontecimiento, se concentraría en el núcleo fortificado, llevándose todo lo que pudieran, o bien, si había suficiente distancia aún con los algareros, huiría con sus ganados, abandonando casi todo. Por tanto, el número de habitantes de la ciudad debió crecer bastante en esos días debido a la acogida de refugiados musulmanes o judíos.

La principal referencia que tenemos respecto a estos sucesos, la más detallada, es la *Crónica Anónima de an-Nasir (al Muqtabis V)* de ibn Hayyan²¹. En ella, si bien no se nos indica nada sobre el itinerario que hemos visto antes, sí se dice claramente que Ordoño acampó cerca de Évora el día equivalente a 19 de agosto del año 913. No se menciona la presencia de cristianos mozárabes dentro de la ciudad. Quizá estos estuvieran en el campo y no se les hubiera dado refugio entre los muros. También proporciona un número desmesurado de combatientes gallegos, 30.000, cifra a la que, como ya se ha indicado, no se puede hacer caso y que contrasta vivamente con las posteriores números de cautivos y muertos que se verán en el asalto a la ciudad. Posiblemente Ordoño ya debía tener alguna información previa sobre el hecho de que la ciudad no estaba muy fortificada, pero no hay que pensar que en su ánimo estuviera tomarla, sino más bien, esquilmarla y que pagara un tributo. No obstante, cuando inspeccionó las defensas, se dio cuenta de que en realidad era muy vulnerable a un asalto decidido. La ciudad tenía los muros derruidos en parte, carentes de almenado o parapeto y, por tanto, sus defensores no podían protegerse bien de los arqueros. Además, el descuido había hecho que, en determinadas zonas, los muros fueran accesibles por rampas creadas por escombros y basura, por lo que no haría falta la utilización de escalas, de las que no se disponía. Por tanto, si hemos de hacer caso a lo relatado en la mencionada crónica, el mismo día organizó un asalto, para cuya realización hizo desmontar a todos los jinetes, excepto sus parientes más ancianos, mientras que los criados y gente de a pie utilizaban arcos contra los defensores. Estos eran menos numerosos que los atacantes, entre quinientos y setecientos, ya que la crónica da el segundo número como muertos dentro del recinto, que se supone que se correspondería con todos los defensores, salvo un pequeño grupo que consiguió evadirse a Beja, más

²¹ IBN HAYYAN DE CÓRDOBA: *Crónica Anónima de an-Nasir (al Muqtabis V)*. Traducción M^a Jesús Viguera/Federico Corriente, Anubar Ediciones. Zaragoza, 1981, pp. 81-83.



**Los basamentos de este muro en Évora corresponden al periodo romano.
Imagen del autor**

gentes que no se podrían incluir en esta categoría, pero que en el frenesí fueron muertos también. Desde luego, no hubo mucho cuartel durante el combate ya que el amil, gobernador, Marwan murió en el mismo.



**Templo romano de Évora, situado en la zona más elevada de la ciudad.
Imagen del autor**

El asalto en sí debió ser una operación bastante sencilla, a pesar del esfuerzo de los defensores. Sin parapetos, las murallas no podían ser defendidas frente a un número superior de arqueros, que avanzarían con protecciones rudimentarias fabricadas in situ. Una vez desprovista de defensores, el acceso a la muralla debió ser sumamente fácil por las rampas constituidas por escombros, que limitaban lógicamente el punto y extensión del frente del asalto. Este hecho debió permitir a los defensores concentrarse y rechazar a los primeros atacantes, incluso causándoles bajas y recuperando la parte superior de la muralla. Una segunda embestida rompió definitivamente la defensa. A partir de ese momento, los hombres de Ordoño irrumpieron en la ciudad, dando muerte a todos los hombres defensores, salvo diez que, con sus familias, se atrincheraron en edificios antiguos, y cautivando a los habitantes que no habían muerto. Estos diez, que la crónica califica como notables, aprovechando la relajación o inexistencia de vigilancia, consiguieron huir esa noche hacia Beja.



Restos del muro romano de Évora. Estas murallas, muy deterioradas por falta de mantenimiento, eran las que defendían la ciudad en el siglo X. Imagen del autor

Ordoño no se detuvo en la ciudad. Habiendo logrado un objetivo y botín que iban mucho más allá de sus iniciales esperanzas, retornó hacia su reino, probablemente bien aprovisionado, al menos él y sus guerreros. El camino de vuelta debió ser el mismo o muy parecido, ya que le interesaría al rey retornar de la manera más rápida posible a su tierra. Los prisioneros ralentizarían la marcha y, seguramente, muchos de ellos fallecerían de hambre o agotamiento por el camino a pesar de que constituían un bien muy preciado para sus captores. La expedición habría aumentado en numerosos animales, fruto del botín y aún más numerosas personas, los prisioneros. La comida en esta situación era un problema sobre todo para los prisioneros, aunque el grano y parte del ganado obtenido, que se iría sacrificando por el camino permitirían alcanzar el territorio gallego. Posteriormente, los cautivos serían hechos esclavos, para el servicio, venta o intercambio de prisioneros. Alguno perteneciente a familia rica esperaría el rescate monetario por parte de sus allegados²².

²² FIERRO, M^a Isabel y GARCÍA FITZ, Francisco: *El cuerpo derrotado. Cómo trataban cristianos y musulmanes a los vencidos (Península Ibérica ss. VIII–XIII)*. CSIC. Madrid, 2008, pp. 24–26.



**Restos denominados Torre Vieja en la alcazaba de Badajoz,
de origen posiblemente califal. Imagen del autor**

Durante los sucesos referidos, gobernaba en al Andalus, al menos nominalmente Abd al Rahman ibn Muhammad al Nasir, más conocido como Abderramán III, nieto de Abd Allah, que había mandado ejecutar a su padre. Este príncipe, destinado a ser el califa de mayor fama de todo el periodo musulmán, tenía un carácter a veces contradictorio, pero siempre fuerte y estaba dotado de grandes cualidades, entre las que se mezclaban la prudencia y el arrebato, la crueldad y la generosidad, el orgullo y el cálculo político. En ese momento, su dominio sobre los territorios que constituían al Andalus era precario, limitándose a poco más de la zona de Córdoba y algunos lugares que admitían su soberanía explícita.

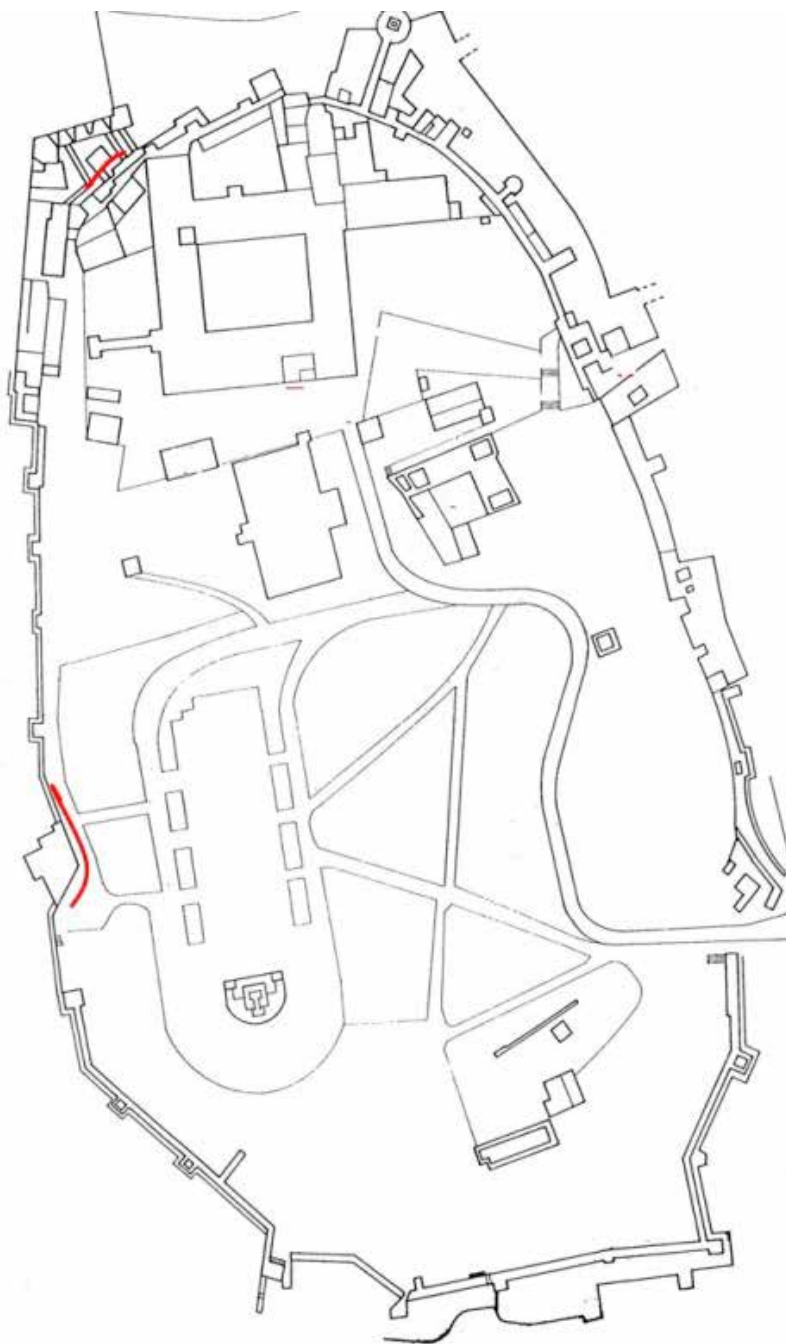
Dada la inoperancia del poder cordobés en la época referida, los gobernantes locales se aterrorizaron por lo ocurrido en Évora y se dispusieron a tomar medidas para que no les ocurriese algo parecido en alguna expedición posterior. El despoblamiento temporal de la ciudad y la fortificación de los principales centros de la zona fueron las principales consecuencias en la Marca Inferior. Sobre todo, la ciudad de Badajoz, bajo el mando de Abdallah ben Muhammad ibn Marwan, nieto del guerrero que obtuvo su dominio del emir, mejoró mucho sus fortificaciones, construyendo la antigua muralla que sustituyó a los muros de adobe y tapial que hasta entonces protegían la ciudad y que es la anterior a las actuales murallas de época almohade (siglo XII). Quizá esta previsión la puso a salvo de posteriores incursiones, hasta que admitió el dominio del emir, futuro califa, y este tuvo fuerzas para evitar acciones de importancia por parte de los reinos cristianos norteños. En cuanto a la propia ciudad asaltada, la destrucción no quedó solo en lo llevado a cabo por los gallegos. El gobernador de Badajoz, al parecer para evitar que se instalasen en ella bandas de bereberes que a la postre podían suponer un problema para él, destruyó lo que quedaba de las murallas «*dejándolas por tierra*»²³. Évora quedó totalmente deshabitada durante un año, cuando, sintiéndose quizá más seguro, el propio Abdallah ibn Marwan la reconstruyó o autorizó a Mas'ud ben Sa'dun su ocupación y reconstrucción²⁴.

Mientras el emir cordobés continuaba con la laboriosa reconstrucción de su reino, en el Norte habían ocurrido acontecimientos que trastocaban más si cabe el equilibrio de poder. Al año siguiente de la incursión realizada por Ordoño en tierras de Évora, murió García I, el primogénito de Alfonso III y rey de León. Según la tradición sucesoria leonesa, el trono correspondía al hermano mayor vivo, es decir, a Ordoño. García había reinado durante tres años y un mes, según la *Crónica de Sampiro*²⁵, por lo que Ordoño se haría cargo del reino

²³ IBN HAYYAN DE CÓRDOBA: *op. Cit.*, p. 84.

²⁴ *Ibidem*, pág. 84.

²⁵ GÓMEZ MORENO, M: *Introducción a la historia silense. Crónica de Sampiro*. Centro de Estudios Históricos. Madrid, 1921, p. C.



Plano de la alcazaba de Badajoz. Resaltados los posibles restos de la muralla califal edificada con motivo de la incursión sobre Évora. Imagen del autor

de León, que sumaría al suyo propio de Galicia, durante el año 914. El caso es que no sabemos si el rey Ordoño ya ejercía como tal en León, de derecho, o simplemente ya había sido reconocido como tal por la vía de los hechos y la tradición, sin ser coronado aún como rey leonés, cuando tuvo lugar su siguiente gran expedición a la zona de la Marca Inferior²⁶. A todo esto, Fruela, el hermano menor, continuaba siendo rey de Asturias y manteniendo la misma posición de colaboración hacia su hermano Ordoño que había tenido con García.

Siguiendo la premisa establecida y que ya había puesto en práctica anteriormente de que, para afirmar su autoridad como rey ante los nobles y el pueblo, no había nada mejor que dar muestras de su buen hacer guerrero y, si era posible, conseguir unos objetivos que no dejaran indiferente a nadie, mas riquezas que pudieran ser distribuidas entre sus seguidores, el rey Ordoño II planeó ya en 914, es decir, antes incluso de haber tomado legalmente la autoridad real en León, aunque no se tenga clara la fecha de este acontecimiento, como ya se ha dicho, otra incursión en la Lusitania o Marca Inferior que pudiera obtener iguales o mejores resultados que la anterior sobre Évora. El objetivo esta vez sería Mérida y sus tierras adyacentes. A ojos de los leoneses, era grande el prestigio del nombre de la antigua capital de la Lusitania romana y, aunque ya distaban mucho las glorias del Imperio o, incluso, del periodo visigótico, aún tenía la aureola de los antiguos recuerdos y de haber sido metrópoli, es decir, cabecera de las sedes episcopales de la provincia lusitana. Además, era, teóricamente al menos, capital de la Marca. En ella no debían quedar demasiados cristianos mozárabes, ya que, en primer lugar, la cantidad de los mismos iba disminuyendo rápidamente debido a las conversiones y, además, las incursiones cristianas se llevaban de grado o por fuerza a sus correligionarios para repoblar las tierras norteñas. Además, en la propia ciudad y alrededores debía ser incluso menor debido a las destrucciones originadas en los disturbios del siglo IX y a la emigración de muchos de los cristianos tanto a la nueva ciudad de Badajoz junto con su fundador, como al reino asturleonés.

Campaña de Mérida

El rey Ordoño sin duda tenía ya información sobre el estado y la riqueza de las distintas ciudades a las que, ahora que disponía, más o menos todavía, de los recursos del reino de León y de Galicia, podía atacar. Desde luego, desde el territorio leonés tenía fácil acceso hasta el Guadiana, lo que

²⁶ RODRÍGUEZ FERNÁNDEZ, Justiniano: *Colección Corona de España. Reyes de León*. Ed. La Olmeda, Burgos, 1997, p. 59.

le permitía realizar una incursión hacia Badajoz o Mérida, como principales ciudades de la zona. Si bien Badajoz estaba emergiendo como centro político, ya se ha mencionado que, a ojos de los cristianos norteños, su prestigio no podía igualar al de la antigua sede romana, por muy venida abajo que esta se encontrara. Además, el rey debía saber que Badajoz se había fortificado tras la campaña de Évora y un ataque contra esta ciudad resultaría mucho más difícil que a la decaída Mérida.



Vista de las murallas de la alcazaba emeritense desde la margen derecha del Guadiana. Imagen del autor

De todas formas, a raíz de los posteriores acontecimientos, no es probable que el, aunque no oficialmente coronado, ya rey leonés se marcara, al menos como objetivo único, la toma de Mérida. Las fortificaciones de la ciudad se encontraban en muy mal estado, si es que existían, ya que habían sido arrasadas por dos veces el siglo anterior, pero desde luego la ciudad

contaba con una poderosa alcazaba que sí que estaba en buenas condiciones de defensa. La alcazaba no tenía aún un siglo de existencia, ya que había sido finalizada en tiempos de Abderramán II. Estaba construida de diversos materiales, entre los que se encontraban antiguos sillares de piedra romanos y tenía y tiene un perímetro aproximado de 500 metros. Para una defensa efectiva y corta bastarían unos 300 combatientes, número con el que muy bien pudiera contar el gobernador. Un asedio, contando con la defensa decidida de dicha fortificación, sería cuestión de mucho tiempo y, salvo que se entregara, cosa extraña, pues también conocerían la situación en que se debía encontrar la expedición, no sería posible permanecer ante la ciudad el tiempo suficiente para que el sitio diera sus frutos sin que se agotaran antes las provisiones que se podían extraer de la comarca y sin que apareciera algún socorro.

Por eso, el rey intentó su única opción para la toma de la alcazaba: un ataque por sorpresa. El procedimiento para intentar conseguir esa sorpresa es la explicación al desarrollo de los acontecimientos posteriores. La alcazaba estaba en realidad orientada contra Mérida²⁷, ya que se trataba de una fortificación destinada a dominar la rebelde ciudad para el emir cordobés, y controlaba el paso por el puente y acceso al núcleo urbano con una fortificación, casi aneja al conjunto, situada al final del mismo. Por tanto, si había alguna oportunidad de conseguir una sorpresa, sería efectuando un ataque desde el exterior, es decir desde el otro lado del río. Si el ataque se producía a tiempo y los defensores no tenían noticias de la incursión, podía tener éxito.

Cualquier incursión o *razzia* tenía principalmente un motivo económico y político y, tácticamente, revestía un carácter oportunista, tal y como debió ocurrir en la realizada sobre Évora, en la que, a pesar del indudable conocimiento sobre la zona, que por otra parte no debía ser superior al que dispusieran los leoneses sobre la zona de Mérida, la toma de la urbe parece ser que se presentó como objetivo de oportunidad, sin que desde el principio se hubiera tenido la voluntad de expugnar la ciudad. Por el contrario, en esta ocasión, el objetivo, aunque complicado, era la toma por sorpresa de la capital, dejándose otros objetivos posibles como fruto de la oportunidad y circunstancias.

El rey leonés debió convocar a los nobles que estimara cercanos, en esos momentos, para realizar una incursión de más calado incluso que la anterior de Évora²⁸. A esta convocatoria asistirían sobre todo los nobles

²⁷ SÁNCHEZ ADALID, Jesús: *Alcazaba de Mérida. Monumento militar sobre las ruinas de una ciudad romano visigoda*. XV jornadas artilleras en Extremadura. GACA XI. Badajoz, 2016, pp. 91–121.

²⁸ IBN HAYYAN DE CÓRDOBA: *op. Cit.*, pp. 100–103.

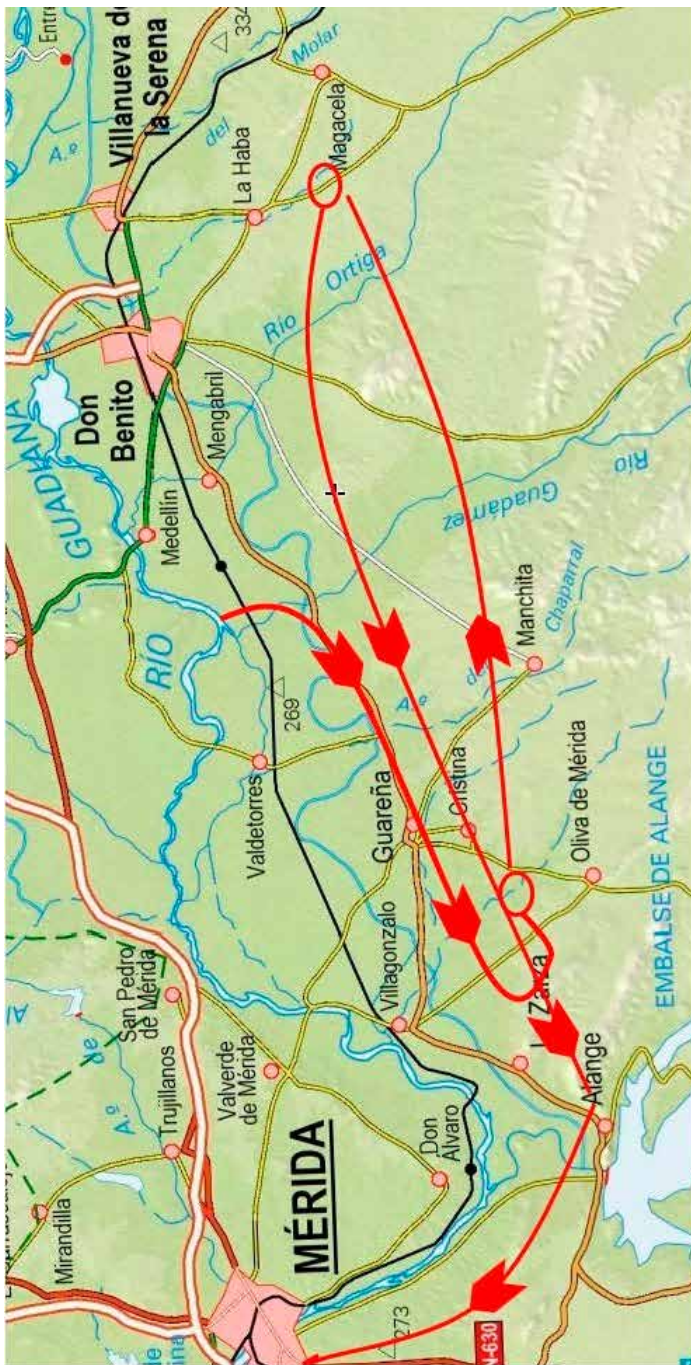
gallegos, sobre los cuales había gobernado y que conocían y confiaban en el rey y sus capacidades, y nobles leoneses, bien porque no tuvieran otro remedio so pena de incurrir en la ira del rey o por hacerse valer a ojos de éste. El caso es que debió Ordoño II reunir una nutrida hueste para la época. Desde luego, no es posible, por las mismas consideraciones ya expuestas sobre alimentación de los guerreros y sus animales a lo largo del camino, que esta hueste alcanzara un número superior a los 3000 combatientes, posiblemente menos. Los guerreros se concentraron en Zamora y, desde allí, fueron por el itinerario más discreto hasta la zona de Mérida. No siguieron directamente la Vía de La Plata, sino que se dirigieron hacia el Sur cruzando el Tajo por el puente de Alcántara tratando de evitar alarmas prematuras y puestos fortificados que pudieran dar aviso a la futura zona de operaciones. Una vez cruzado el Tajo por el mencionado puente, se dirigirían hacia Coria y la zona de Brozas y desde esta, en vez de seguir lo que sería el camino árabe que iría desde Badajoz hacia el Norte, debieron avanzar hacia el SE ocultos por las sierras para asegurar la sorpresa en la llegada al objetivo. Dado el plan inicial del rey, es probable que cruzaran la Vía de la Plata, situándose al Sur de Alcuéscar o Montánchez, en las proximidades del río Aljucén, para desde allí, dar comienzo a las operaciones.

Todos estos itinerarios eran caminos secundarios, probablemente utilizados desde tiempos inmemoriales. El desplazamiento por ellos presentaba el inconveniente, ya sabido, de que ante la inseguridad en la obtención de víveres sobre el terreno y el interés en la rapidez y secreto de la marcha, habría que transportar muchos abastecimientos desde Zamora, punto de partida de la incursión, o antes. Al desconocer el itinerario más o menos exacto, no es posible hacer un cálculo medianamente fidedigno de la distancia que debía la hueste desde Zamora hasta la zona de operaciones, pero debía ser superior a los 400 km, por caminos que obligarían a ir en fila a todos los hombres y animales, por lo que, si hubiera ido reunida la columna hubiese abarcado unos diez km, aproximadamente. Esto no ocurría, ya que siempre iría destacada una vanguardia de jinetes equipados ligeramente, algareros, que acompañaría a los guías y determinaría las zonas de acampada. Además, obtendrían abastecimientos sobre el terreno o informarían al grueso para que destacara forrajeadores. En las mejores condiciones, una hueste relativamente numerosa como la que capitaneaba Ordoño II tardaría más de quince días en alcanzar la zona de Mérida, por lo que, por establecer una unidad de carga, cada caballero debía portar entre 100 y 120 kg de alimentos para él, su cabalgadura y la acémila de transporte necesaria. El agua y el heno seco se obtendrían sobre la marcha. Si iban hombres a pie, debían llevar

una acémila, un asno probablemente, para cada dos, pero habría caballeros de alcornia que llevarían, solo para sí, más de un animal de transporte, pues seguramente llevarían más armas y más pesadas, así como algún pequeño lujo, como algo de vino. En suma, estamos hablando del desplazamiento de miles de hombres, quizá menos de tres mil, como ya se ha mencionado, y un número semejante o algo superior de animales, caballos y asnos, que no podrían, en conjunto, hacer más de 25 km en una jornada, teniendo que descansar posiblemente algún día para no fatigar excesivamente a guerreros y equinos. Esto era algo perfectamente conocido, ya que las algaras y razias llevaban realizándose por ambas partes casi doscientos años, por lo que podríamos decir que no hacía falta casi decir nada para realizar los preparativos, individuales o, como mucho, responsabilidad de cada noble para sí y sus guerreros.

Parece ser que la incursión alcanzó la posición prevista valiéndose de la ayuda de guías locales y sin llamar demasiado la atención. La idea del rey fue enviar una avanzada de caballeros, a los cuales conducirían dos guías que conocían bien la región, sobre Mérida. Para intentar sorprender la alcazaba emeritense, se dirigirían hacia la margen izquierda del Guadiana, cruzando el mismo, para, al atardecer, girar hacia el Oeste, de manera que esa misma noche o justo al amanecer se encontraran frente a la alcazaba. Cruzarían el puente romano rápidamente e intentarían controlar una o varias de las puertas exteriores, seguramente, si no habían advertido la aproximación, tal y como se pretendía, escasas de guardias, todo ello antes de que el gobernador pudiese alertar y movilizar a todos los posibles defensores. Esto era más fácil que intentar entrar en la ciudad, atacando después la alcazaba, pues no olvidemos que dicha fortificación había sido construida para asegurar el dominio del emir sobre sus levantiscos habitantes y una acción de este tipo permitiría al gobernador reunir sus recursos de guerreros y abastecimientos. Por lo tanto, era posible que la vigilancia, sobre todo hacia el exterior, si no habían sido avisados, fuera escasa. Una vez dominada alguna torre o alguna puerta, irrumpiría por ella el grueso de la hueste real, completando la conquista de la fortificación, caso de que no lo hubieran hecho los algareros, y dominando el resto de la ciudad.

Desde luego un plan de este tipo era arriesgado. Suponía realizar un avance rápido por la tarde, cruzar un río, posiblemente aún con luz, teniendo en cuenta la larga duración de los días durante el verano, girar hacia el Oeste y alcanzar Mérida durante esa noche para, tras un rápido vistazo, atacar al amanecer. No era osadía lo que le faltaba al plan del rey. Para su realización, el destacamento de vanguardia debía hacer en menos de veinticuatro horas



Este fue el posible itinerario que seguiría la hueste leonesa durante su campaña al Sur del Guadiana (mapa IBERPIX)

unos sesenta kilómetros, cuarenta de ellos de noche o casi, lo que prácticamente era el límite de la capacidad de hombres y caballos. Cualquier fallo o error echaría abajo el golpe de mano y dicho fallo podía surgir de cualquiera de los factores.

La avanzada cruzó el río Guadiana al anochecer, aunque, a pesar de lo dicho en la crónica, es posible que lo hiciese antes, tanto por seguridad como por cálculo de tiempo. Debieron efectuar alguna detención para reorganizarse y descansar un poco para reiniciar la marcha aún con luz y poder ganar distancia antes de que fuera noche cerrada cuando el guía Ibn al Risi, cuyo nombre nos proporciona la crónica²⁹, bereber de la tribu Masmuda, se confabuló con su compañero, de la misma procedencia y, en vez de conducir a los guerreros cristianos por el llano que constituye la orilla izquierda del Guadiana, acortando los meandros del río, los condujo un poco hacia el Sur, internándolos en las sierras, posiblemente por la zona de Oliva de Mérida y La Zarza. Hay que preguntarse si realmente fue una traición o los guías se desviaron perdiéndose ellos y sus seguidores. A la mañana siguiente todavía estaban dando vueltas por la zona. Era imposible acercarse sin ser detectados de lejos y quizá la ciudad estaba avisada, por lo que todo el plan se había venido abajo. Allí los encontró el rey Ordoño II durante el día. Había cruzado el Guadiana por el mismo punto y se dirigía hacia Mérida cuando halló a su vanguardia, que probablemente había dejado algún grupo para que funcionara como enlace con el grueso una vez que este cruzara el río. Los encontró destrozados de cansancio, tanto a hombres como a caballos. Descansaron aquel día y, como ya habían perdido su objetivo inicial, el rey decidió realizar una incursión de saqueo por toda la zona, dirigiéndose hacia el Este, hacia Medellín y Magacela. También ordenó decapitar a los guías que habían causado el fracaso inicial, pues, al parecer, no quedó satisfecho con sus explicaciones y consideró que su error se debía a traición. Este es un punto discutible, a pesar de lo que dicen las crónicas, pues los tiempos y recorridos estaban tan ajustados que cualquier error llevaría, tal y como ocurrió, a la cancelación de la operación. No obstante, es posible que los guías confesaran para hacer alarde de su hazaña y quedar como mártires, aunque solo lo harían al día siguiente y aún tuvieron tiempo de conducir a los cristianos hacia la zona de Medellín. La voz de alarma se debía haber corrido por la comarca. Por eso mismo, el rey Ordoño no encontró resistencia. Los habitantes huyeron, abandonando incluso las fortalezas. Por ello, el botín no pudo ser muy grande, reduciéndose quizá a algunos cautivos y ganado. Desde esta zona, la hueste se dirigió hacia Mérida, pasando por Alanje.

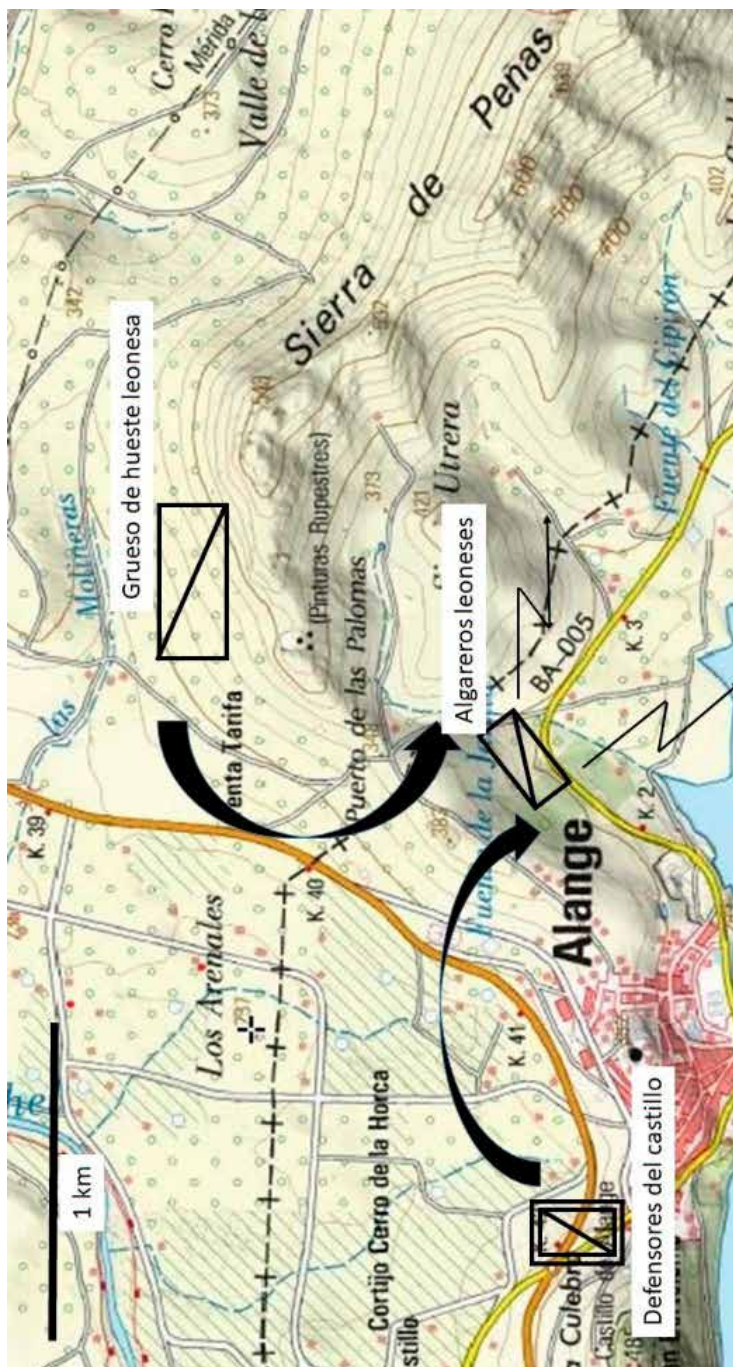
²⁹ Ibn Hayyan de Córdoba: *op. Cit.*, p. 101.



Vertiente E de la Sierra de Peñas Blancas. Es probable que fuera por esta zona donde los guías extraviaron a la avanzada leonesa. Imagen del autor



Castillo de Medellín. Aunque esta edificación es muy posterior, en la época que se trata existía un castillo, mucho menor, en el mismo sitio. Imagen del autor



Possible manobra para el ataque y toma de la fortaleza de Alange. La masa de agua que se vislumbra en la parte baja corresponde al actual pantano

Existía en Alanje un castillo roquero que dominaba, y cuyas ruinas, posteriores a esta época, aún dominan, toda la llanura hacia oriente, hasta las sierra de Peñas Blancas, sierra de Juan Bueno y otras elevaciones que se encuentran en dirección SE. Esta fortaleza ya había servido de refugio al propio Ibn Marwan, en 875 y en ella había resistido el acoso de las tropas del emir Muhammad sin que estas consiguieran tomarlo. Dada su situación, el castillo no se podía tomar ni por la fuerza, lo que hubiera necesitado un cerco largo, ni por sorpresa, ya que dominaba todos los alrededores. Pertenecía esta fortaleza a la tribu bereber de los Baranis, una tribu Masmuda, la misma a la que pertenecían los guías traidores. Los Baranis no abandonaron el castillo, confiando en la fortaleza natural del lugar, sino que, siendo, a decir del cronista, muy numerosos y fuertes guerreros, se encerraron en él, seguros de poder desafiar a la hueste de Ordoño II e, incluso, poder atacarla y causarle algún descalabro. Lo cierto es que los bereberes de Alanje no debían tener información fidedigna del número y capacidad del fonsado real. En cambio, los leoneses sí que poseían información sobre la fortaleza y sus moradores. Esta se presentaba como un objetivo apetecible, por las riquezas que atesoraba, y su conquista podía mejorar una campaña que, hasta entonces, estaba resultando un tanto deslucida y que, salvo cuestiones de imagen real, no presentaba un balance demasiado favorable en términos materiales.



Ruinas del castillo de Alanje



Perspectiva desde las ruinas del castillo de Alanje del llano existente entre éste y la sierra de Peñas Blancas, en dirección NE. A la derecha se aprecia el pueblo de Alanje. Imagen del autor



Vista del pueblo y castillo de Alanje desde la sierra de Peñas Blancas. Se advierte que era imposible acercarse por sorpresa sin ser detectado desde el castillo, así como la poderosa posición ocupada por éste. Imagen del autor

Dada la fortaleza que, sobre todo debido a su situación, presentaba el castillo y las posibilidades que tenía de observación sobre la llanura, el rey Ordoño decidió que su mejor opción era hacer salir a los defensores, suponiendo, acertadamente según los acontecimientos, que desconocían el tamaño real de la hueste cristiana. Para ello mandó a una partida numerosa, pero que ofrecía posibilidades de éxito a los defensores de la fortaleza en un combate abierto, a correr el campo situado entre el castillo de Alanje y, probablemente, la sierra de Peñas Blancas. En la parte NW de dicha sierra debió dejar a cubierto de las vistas al grueso de su fuerza. Debían acabar con los enemigos, si estos caían en la trampa, y penetrar en el castillo, no dando tiempo a los supervivientes y guardas a organizar la defensa. Los acontecimientos debieron transcurrir tal y como los habían previsto los leoneses, pues cuando los bereberes de Alanje vieron a la partida cebo enviada por el rey saqueando y destruyendo sus campos y, suponemos, comprobaran que no venía nadie más, salieron de la fortaleza enardecidos para acabar con ellos, bajo el mando de su jefe Ibn Rashid. Alcanzaron a los algareros y comenzaron a combatir con ellos cuando el grueso de la fuerza leonesa salió de su escondite tras la sierra, envolviéndolos y cortando la retirada hacia Alanje. Superados, los defensores debieron intentar replegarse, pereciendo casi todos en el empeño. Además, los que habían quedado en la fortaleza intentaron ayudar a los que habían salido al llano al ver su desesperada situación. De nada les valió pues los leoneses también atacaron el castillo, entrando en el mismo posiblemente junto con los aterrorizados restos de los Baranis y, una vez dentro, dieron muerte a todos los defensores, incluido Ibn Rashid, y capturaron a sus mujeres e hijos. Tan solo se salvó alguno que pudiera huir. Después arrasaron la fortaleza.

Con esta acción, la cabalgada podía considerarse ya como exitosa, pero el rey no quería irse sin una afirmación delante de lo que, en principio había sido el principal objetivo de la campaña, así que, desde Alanje, se dirigió a Mérida, acampando en el extremo del puente romano, en la orilla izquierda y dando frente a la alcazaba. Evidentemente, y ante la imposibilidad de asaltar o asediar la fortificación, el rey no deseaba saquear las viviendas de la ciudad, no muy ricas ni numerosas en la época, si bien podía amenazar con destruir todo lo que no estuviese protegido por las murallas. Se conformaría con un tributo, por lo que prohibió más combates ni incursiones, no haciendo caso incluso a las provocaciones de los defensores. A Muhammad ben Tayit, gobernador de Mérida, le resultó fácil llegar a un acuerdo con Ordoño II, aceptando éste como regalo un corcel pura sangre con silla y brida, suponemos que con incrustaciones de plata todo ello, lo cual pudo presentar el rey como muestra de sumisión. No era un tributo tan escaso como nos



Dibujo reconstruyendo el aspecto que debía tener la alcazaba emeritense en el siglo X. Se advierte la fortificación, un tanto separada del resto del conjunto, que daba acceso a la ciudad desde el puente romano. Es probable que este fuera el objetivo del osado intento inicial de sorpresa de los leoneses. Pinterest

pueda parecer hoy día. Un buen caballo, dependiendo de la época, carestía y, por supuesto, de la calidad del animal, que en este caso suponemos muy elevada, podía valer o superar los mil sueldos, o, para tener una referencia, el precio de mil ovejas. Si a ello le sumamos unos arreos particularmente ricos, es posible que el precio del caballo enjaezado que se ofreció superara los dos mil sueldos.



Vista de la alcazaba de Mérida desde el Puente Romano. Imagen del autor

Los leoneses regresaron a sus tierras con el botín. A su regreso, el rey cayó gravemente enfermo, de enfermedad contraída probablemente durante la cabalgada y cuyo diagnóstico desconocemos. Por ello, tuvo que posponer su coronación oficial hasta su curación³⁰.

Observaciones sobre los ataques a las fortalezas

Dentro de las acciones desarrolladas por Ordoño II durante estas dos grandes incursiones, además de las depredaciones y saqueos de zonas enemigas, hay que destacar por lo inusual el planeamiento para, por las causas que fuesen, atacar y expugnar tres fortalezas o ciudades. En ningún

³⁰ RODRÍGUEZ FERNÁNDEZ, Justiniano: *op. Cit.*, pp. 58–59.

El rey Ordoño temió por su vida hasta el día 1 de diciembre, estando recuperándose en Galicia. No obstante, el día seis se encontraba totalmente recuperado de su enfermedad.

momento se tuvo la pretensión de ganar nuevos territorios, ya que tanto Évora como Mérida o Alanje se encontraban demasiado lejos para intentar mantenerlas ocupándolas con una guarnición. Los éxitos o fracasos en su expugnación se pueden enmarcar en una serie de acciones cuya finalidad fue, esencialmente, acrecentar el prestigio real y la obtención de bienes, combinadas en distintas proporciones según el objetivo.

No se podía proceder a un empleo masivo y sistemático de la fuerza, que era lo habitual cuando se trataba de tomar una fortaleza, circunstancia habitual a la hora de ocupar permanentemente una fortaleza defendida³¹, pues ni era esa la finalidad, ya que no se pretendía en ningún caso mantenerlas

El ataque a Évora debió ser concebido como una operación de saqueo, si bien, como ya se ha mencionado, el rey debía tener conocimiento de la debilidad de las defensas de la ciudad, aunque, como se constata por su mínima falta de preparación para un asalto, no estuviera dentro de sus planes iniciales la toma de la misma. La posibilidad de tomar Évora se presentó como objetivo de oportunidad, observando su vulnerabilidad real ante una acción decidida. Hay que hacer notar la rapidez de decisión del rey, que tomó las disposiciones para el ataque en cuanto llegó a la zona. La ciudad fue tomada al asalto tras un breve combate.

Durante la campaña de Mérida, el objetivo claro era la misma ciudad, más bien la fortaleza que la protegía y controlaba, que, si era tomada, dejaría en posesión de los leoneses toda la ciudad, o más bien sus pobres restos, pálido recuerdo de lo que había sido. La información adquirió una importancia crucial y debía haber sido recopilada con bastante antelación. Ante la imposibilidad de llevar elementos para construir máquinas de asedio ni de permanecer delante de la alcazaba emeritense en caso de que sus defensores, como era previsible, decidieran resistir el tiempo suficiente para que llegara ayuda exterior, se trató de obtener el control de la fortaleza aplicando la sorpresa mediante un plan bastante elaborado y que presentaba muchos aspectos susceptibles de fallar, como de hecho ocurrió. Los tiempos y los imponderables que seguro que surgirían, como en cualquier plan demasiado encorsetado, dieron al traste con el intento.

Para tomar el castillo de Alanje hubo que aplicar también la sorpresa mediante una acción que consiguiera sacar a los defensores mediante un engaño. La fortaleza está situada en una posición inmejorable, que impedía un ataque por sorpresa como tal y que ya había resistido los embates de las huestes emirales en tiempos de Ibn Marwan al - Yilliqui. Como tampoco

³¹ GARCÍA FITZ, Francisco: *Op cit.*, p. 57.

se podía esperar nada de un ataque por sorpresa sobre la misma, casi imposible de conseguir dada su situación, se decidió recurrir a una aña-gaza, propiciando que los defensores se encontraran seguros y confiando en que salieran de los muros para aniquilarlos fuera del castillo.

Estas tres acciones, con un mismo objetivo genérico común y con procedimientos dispares y adaptados a las circunstancias especiales de cada caso, demuestran la flexibilidad mental de los guerreros de la época, así como su capacidad para adecuar los objetivos a sus posibilidades. También se hacen notar las mismas posibilidades combativas de los ejecutantes, a los que, con terminología actual, podríamos denominar guerreros profesionales o semiprofesionales, curtidos en la realización de los diversos cometidos tácticos que se les podían pedir.

La reacción del califato

Aún volvió Ordoño en 915 a protagonizar una cabalgada por tierras actualmente extremeñas, entre Mérida y Badajoz, al Sur de dichas localidades. Dicha cabalgada coincidió con un periodo de gran sequía, por lo que es probable que la esquilma-da zona, que habría aprendido además por las malas a perfeccionar su sistema de alerta, no proporcionara un gran botín a los leoneses, que, además tuvieron que combatir contra una expedición de auxilio, a la que derrotaron. Fue la última vez, durante el reinado del rey Ordoño II, en que una expedición real entró por tierras extremeñas. La presencia del pequeño contingente cordobés durante la última de las expediciones indicaba que el gobierno central del emirato comenzaba a recuperar el control de sus territorios. El año 917 murió Ibn Hafsun y, aunque sus hijos continuaron con la rebelión, ésta fue reducida poco a poco mediante campañas anuales que finalizaron con la toma y destrucción de todos los centros rebeldes, incluido Bobastro, su cabeza, en 928.

La propia Marca Inferior fue, posteriormente, sometida a la obediencia al califa; Mérida se sometió mediante pacto en 929, mientras que Badajoz sufrió un largo cerco hasta que se entregó al gobierno cordobés en 931, siendo depuestos los marwanidas y nombrados en todas las plazas gobernadores designados por el gobierno central del califa. El resto de las plazas fuertes fueron tomadas o se entregaron por estas mismas fechas, acabando cualquier atisbo de independencia y rebelión en esta zona.

Abderramán III, aún antes de conseguir el control de toda la Marca Inferior, desplazó su zona de actuación contra los rebeldes y los reinos cristianos hacia la parte NE de sus dominios, en realidad de mucho mayor interés





Fortaleza califal de Gormaz (Soria). Imagen del autor

político y estratégico que la zona enfrentada al curso medio y bajo del Duero. Todos los gobernantes musulmanes de la zona, temerosos además de los navarros y leoneses que llevaban tiempo acosándolos, prestaron obediencia al gobernante cordobés, y el teatro de las operaciones contra los reinos cristianos durante esta fase del gobierno de Abderramán se ciñó sobre todo a las zonas de Álava y Burgos, es decir, Castilla y los territorios de San Esteban de Gormaz, bajo dominio del rey leonés, y al reino de Navarra. Además de controlar de paso zonas fundamentales de su reino, teniendo a los díscolos nobles locales sujetos, para el emir y futuro califa cordobés, el hecho de realizar incursiones por esta zona tenía la ventaja de que sus puntos de apoyo, como Tudela, Gormaz o Medinaceli estaban casi en contacto con la zona dominada por los reinos cristianos, por lo que se constituían prácticamente en bases de partida que ofrecían la posibilidad de alcanzar fácilmente el terreno y fortalezas fronterizas enemigas. Los leoneses no perdieron territorios significativos en esta contienda, pero, juntos con los navarros, sufrieron graves derrotas, tanto por la toma de castillos y poblados como en batallas campales, que, aunque no fueron inferiores en conjunto a las que causaron a sus enemigos, les resultaron más difíciles de asimilar que a estos, debido a su potencial muy inferior. Centrados en la zona oriental de su reino, debieron olvidarse de realizar incursiones sobre las tierras de la antigua Lusitania que, además, se había endurecido por las sucesivas campañas y el apoyo califal. Para dar mayor seguridad a la zona, el califa instaló guarniciones en las diversas plazas, lo que le permitía proseguir sus acciones en otros territorios a salvo de sorpresas desagradables en teatros que se habían transformado en secundarios. Los leoneses consiguieron, ya bajo el hijo de Ordoño, Ramiro II, derrotar decisivamente al propio Abderramán, ya califa, en Alhandega, lo que acabó con las grandes incursiones con pretensiones conquistadoras del califato y tuvo tal impacto sobre el dirigente andalusí que, para no repetir el riesgo catastrófico de captura que había corrido durante el desastre, no volvió a conducir ninguna incursión durante toda su vida.

A pesar de esta derrota, el poderío del califato cordobés hizo que la victoria política final fuera suya. Abderramán actuó durante el resto de su reinado como árbitro peninsular, mediando entre los reinos cristianos, aunque sin posibilidades reales de realizar grandes campañas de conquista contra León o Navarra.

RELACIÓN DE REYES Y EMIRES EN LOS REINOS OCCIDENTALES Y EMIRATO DE CÓRDOBA

AÑO	LEÓN	GALICIA	ASTURIAS	EMIRATO DE CÓRDOBA
866			Alfonso III	
867			(866 - 910)	Muhammad I
868				(852 - 886)
869				
.....		
882				
883				
884				
885				
886				Al Mundir
887				(886 - 888)
888				Abd Allah
889				(888 - 912)
890				
.....		
905				
906				
907				
908				
909				
910	García I	Ordoño II	Fruela II	
911	(910 - 914)	(910 - 914)	(910 - 924)	
912				Aderramán III
913				(912 - 929)
914	Ordoño II			(Califa desde:
915	(914 - 924)	← - - -		929 - 961)
916				
917				
918				
919				
920				
921				
922				
923				
924	Fruela II			
925	(924 - 925)	← - - -	← - - -	

GLOSARIO DE TÉRMINOS

Aceifa

Expedición militar sarracena hecha en verano.

Alfoz

Territorio dependiente de una ciudad, fortaleza o tenencia.

Algara

Tropa a caballo que salía a correr y robar por campo enemigo, en la época medieval hispano-musulmana.

Se denominaba así la propia incursión, generalmente de carácter rápido y pequeño tamaño.

También recibía este nombre la vanguardia de una incursión mayor.

Algareros

Jinetes que iban en vanguardia de una algara o cabalgada.

Almanzor

Muhammad ibn Abu Amir al Mansur, conocido por los cristianos como Almanzor, fue un visir cordobés que, en realidad, fue el auténtico gobernante de Al Andalus hasta su muerte, hasta el punto que su hijo heredó el visirato. Dedicó gran parte de su esfuerzo y medios a realizar incursiones contra los reinos cristianos, a los cuales sometió invariablemente.

Amiríes

Nombre dado a los descendientes y sucesores de Almanzor, sobre todo a aquellos que ocuparon un poder efectivo en el califato, sus hijos Abd al Mālik y Abd al Rāhman ibn Sānchul.

Apellido

Llamamiento a las armas de carácter obligatorio, de carácter defensivo, para repeler una agresión.

Cabalgada

Incursión rápida sobre territorio enemigo para obtener botín, prisioneros y causar destrucciones. Es equivalente a la razzia musulmana.

Códice

Se suele designar con este nombre a los manuscritos medievales, habitualmente añadiendo como nombre el lugar de depósito o procedencia.

Diócesis

En el significado aplicado en el texto, era una división eclesiástica del territorio a cuyo frente se encontraba un obispo. Recibe el nombre de metropolitana cuando es la referida a la ciudad principal o sede de provincia eclesiástica.

Fonsado

Expedición convocada por el monarca con la finalidad de atacar territorio enemigo.

Hueste

Reunión de hombres armados, habitualmente de carácter ofensivo formando un ejército tras el llamamiento de prelados o magnates, con el objetivo de realizar expediciones o acudir a la guerra.

Infanzón

En Castilla y en León se denominaba de esta manera a los nobles que dependían de otro noble superior, es decir, que pertenecían a la baja nobleza.

Kura

Demarcación territorial en que se dividía el territorio del emirato. Coexistía con las Marcas, de carácter fronterizo. En el caso de la Marca Inferior, su demarcación coincidía con una sola Kura, con capital en Mérida.

Loriga

Protección corporal para el guerrero, habitualmente de placas de hierro o acero imbricadas, o bien de anillos de hierro unidos entre sí de cuatro en cuatro o de seis en seis, denominándose más frecuentemente en este caso cota de mallas.

Magnate

Durante la Edad Media se denominaba magnates a los principales nobles, también llamados optimates o próceres. A partir del siglo XII y sobre todo del XIII se les comienza a conocer como ricoshombres.

Mesnada

Conjunto de hombres armados que en la Edad Media estaban a las órdenes de un rey o de un noble.

Mozárabe

Población cristiana, de origen hispano visigodo, que continuó viviendo en territorio musulmán tras la conquista, practicando sus costumbres y creencias. En el siglo XII, los mozárabes prácticamente desaparecieron de territorio musulmán debido a las deportaciones realizadas por los nuevos invasores norteafricanos y a la huida del resto hacia los reinos cristianos del norte.

Muladí

Población de origen cristiano que, tras la conquista musulmana, adoptó el islam. Los problemas sociales de adaptación produjeron numerosas revueltas, la más famosa de las cuales fue la de Omar ibn Hafsun. En el siglo XII desaparecieron todas las diferencias étnicas o culturales de este grupo.

Presura

Tipo de repoblación que consistía en la ocupación de tierras yermas o sin dueño, pasando, bajo ciertas condiciones, a ser propiedad del colono. Fue habitual en el valle del Duero en el siglo IX.

Razzia

Ataque sorpresivo contra un asentamiento enemigo, que han practicado diversos grupos musulmanes. Históricamente los objetivos de una razzia han sido diversos: obtención de botín, captura de esclavos, la limpieza étnica o religiosa, la expansión del territorio musulmán y la intimidación del enemigo.

Tapial

Muro construido con tierra arcillosa compactada a través de un encofrado formado, habitualmente, por tablonés de madera.

BIBLIOGRAFÍA

- Anónimo: *Crónica Najerense*. Traducción Juan Antonio Estévez Solá. Clásicos latinos, medievales y renacentistas, Madrid, 2003.
- Anónimo: *Historia Silense y Crónica de Sampiro*. Versión de M. Gómez Moreno. Centro de Estudios Históricos, Madrid, 1921.
- ALBA CALZADO, Miguel: *Tras las huellas de los visigodos en Extremadura*. Conferencia, XV Jornadas Artilleras en Extremadura, 2016.
- BENNETT, Mathew: *Técnicas bélicas del mundo medieval*. LIBSA, Alcobendas, 2001.
- BUILLET, Richard W.: *Conversion to islam in the medieval period: un essay in quantitative history*. Harvard University Press, Cambridge, 1979.
- CONTAMINE, Philippe: *La guerra en la Edad Media*. Editorial LABOR, Barcelona, 1984.
- FIERRO, M^a Isabel y GARCÍA FITZ, Francisco: *El cuerpo derrotado. Cómo trataban cristianos y musulmanes a los vencidos (Península Ibérica ss. VIII–XIII)*. CSIC, Madrid, 2008.
- GARCÍA FITZ, Francisco: *Ejércitos y actividades guerreras en la Edad Media europea*. ARCOLIBROS, Madrid. 1.998.
- : *Castilla y León frente al Islam. Estrategias de expansión y tácticas militares. Siglos XI–XIII*. Secretariado de publicaciones de la Universidad de Sevilla, Sevilla, 1998.
- GONZÁLEZ LANZAROTE, José M^a: *Zalaca. La batalla en el siglo XI*. Editorial Regional Extremeña, Mérida, 2015.
- IBN HAYYÁN: *Al - Muqtabis V. Crónica del califa Abdarrahman III an Nasir*. Traducción: M^a Jesús Viguera y Federico Corriente. Colección Textos Medievales. Zaragoza, 1981.
- ISLA FREZ, Amancio: *Ejército, sociedad y política en la Península Ibérica entre los siglos VII y XI*. CSIC, Madrid, 2010.
- JIMÉNEZ DE RADA, Rodrigo: *De rebus Hispaniae*. Versión Gonzalo de la Hinojosa. Ed. Digital.
- LOMAX, Derek W.: *La Reconquista*. Ed. Crítica, Barcelona, 1984.
- MENESES JIMÉNEZ, Jesús: *Ibn Marwan el Gallego*. GEXIMP, Cáceres, 2007.
- PACHECO PANIAGUA, J. Antonio: *Extremadura en los geógrafos árabes*. Editora de Diputación Provincial, Badajoz, 1991.
- RODRÍGUEZ FERNÁNDEZ, Justiniano: *Colección Corona de España. Reyes de León y Castilla*. Editorial La Olmeda, Burgos, 1997.
- SÁNCHEZ ADALID, Jesús: *Alcazaba de Mérida. Monumento militar sobre las ruinas de una ciudad hispano visigoda*. Conferencia XV Jornadas Artilleras en Extremadura, 2016.

SÁNCHEZ ALBORNOZ, Claudio: *Orígenes de la nación española. El reino de Asturias*. SARPE, Madrid, 1985.

TORRES SEVILLA, Margarita: *Las batallas legendarias y el oficio de la guerra*. Ramdon House S.L., Barcelona, 2002.

Recibido: 04/08/2020

Aceptado: 25/11/2020